

la Cruz Roja, la Cruz Blanca y la Cruz Blanca Neutral, principiaron su humanitaria labor de recoger los muertos y los heridos, transportando estos últimos en automóviles a hospitales de de sangre improvisados, de modo que, a las 9 de la mañana ya sólo quedaban, como señales de la lucha, los vidrios destrozados de las tiendas y los grandes coágulos de sangre que se advertían aquí y allá, marcando los lugares donde la matanza había sido más horrible.

A esta misma hora, cruzaban por las calles del Apartado los generales Díaz y Mondragón, seguidos por uno o dos escuadrones de la gendarmería montada, un centenar de infantes de diversos cuerpos y un grupo de artilleros con tres cañones y varias ametralladores.

La columna continuó por las calles de Recabado, dió vuelta por las de Soto, torció por la primera calle de Aldama, siguió por la del Puente de Alvarado y la de Rosales, y desembocó en el Paseo de la Reforma, minutos después de haber pasado por allí el Presidente con su pequeña escolta. Félix Díaz iba, en medio de sus partidarios, pálido como un difunto y con el ramo de violetas en el sombrero. Mondragón, sereno y dueño de sí mismo, dirigía la marcha.

La columna se detuvo un momento al pie de la estatua de Carlos IV, donde se le unieron varios guardias del bosque de Chapultepec, y continuó la marcha, por las calles de Bucareli, hacia la Ciudadela. (4)

Al llegar a la glorieta en que estaba colocado el reloj, la columna hizo alto y tomó disposiciones de combate.

Un señor Ortega, antiguo oficial del Ejército, ató un pañuelo blanco a la punta de su espada, y se dirigió a pedir, en nombre de los generales Díaz y Mondragón, la entrega de la Ciudadela.

Indudablemente la traición había trabajado mucho antes de que estallara el movimiento militar, pues de otro modo no se comprende que fortaleza tan importante, donde estaba el primer arsenal de la República y la fábrica de pólvora sin humo, tuviera una guarnición tan exigua que no llegaba a cincuenta hombres.

---

(4) La Ciudadela es un vasto edificio de mampostería, de un solo piso, que está situado entre las avenidas de Balderas y Bucareli, en el corazón de los barrios elegantes. Comprende la Fábrica de Armas y el Museo de Artillería, y es el arsenal de la República. En 1910, se estableció, en una de las alas de la fortaleza, la fábrica de pólvora sin humo. Delante tiene una gran plaza y un jardín. En el centro de la primera se levanta la soberbia estatua de Morelos, que es la más alta gloria militar de México. Don Francisco I. Madero la inauguró en 1912 en una imponente ceremonia.

La Ciudadela fue atacada durante el gobierno de don Benito Juárez por el general Rocha, pero entonces no se encontraba situada, como ahora, en el riñón de la ciudad, sino en los suburbios, y las balas entonces no tenían el alcance ni la espantosa penetración de los proyectiles modernos.

El general Dávila, comandante de la fortaleza, contestó a la intimación manifestando que estaba dispuesto a resistir. En vista de ello, el general Mondragón emprendió el ataque, y después de un tiroteo de media hora, se rindió la fortaleza, entrando en ella los vencedores como a la una de la tarde.

Mientras estos sucesos desarrollábanse en Palacio y en la Ciudadela, los reos de la prisión militar de Santiago Tlaltelolco sostenían una lucha terrible contra sus guardianes, con el fin de evadirse, y como no lograran su objeto, le prendieron fuego al edificio, que quedó en parte consumido por las llamas. Los reclusos que huían del voraz elemento, eran cazados como fieras por los soldados del 24<sup>o</sup>, que estaban apostados fuera de la prisión en línea de tiradores. El jardín quedó materialmente cubierto de cadáveres, y los infelices que cayeron vivos en manos de la desenfrenada soldadesca, fueron ejecutados en el interior de la cárcel.

Ya el orden parecía haberse restablecido en el centro de la población, cuando llegó el general Gregorio Ruiz a Palacio en actitud bélica, demostrando, desde el principio, estar de parte de los sublevados. Aprehendiólo el general Villar, y lo condujo desarmado a la pieza de Prevención. Allí lo recibió el general Felipe Mier, y fué fusilado en el interior de Palacio, verificando la ejecución un pelotón de soldados al mando de un oficial del Colegio Militar, por orden, quizás, del mismo general Huerta.

¡De qué pequeños incidentes dependen la suerte de los gobernantes y de las naciones! La bala que hirió al general Villar en un hombro, mató a Francisco I. Madero y precipitó a México en la vorágine de la anarquía. Herido el heroico Villar, pasó a curarse, por orden del Presidente de la República, al Hospital, y en su lugar fué nombrado Comandante de Plaza y jefe de las fuerzas que debían operar contra la Ciudadela, el visionario Victoriano Huerta.

Se dijo entonces con insistencia que, por orden del Presidente de la República, habían sido quintados y fusilados quince de los aspirantes prisioneros, villana falsedad que la calumnia venenosa esparció con sus mil lenguas de víbora por la República. El Presidente Madero jamás firmó una sentencia de muerte, y no es posible admitir que, quien perdonó a Félix Díaz, se ensañara luego en unos cuantos mal aconsejados aspirantes.

A las tres y media de la tarde, El Presidente, por una de esas inspiraciones que constituían el secreto de sus éxitos, se dirigió en automóvil a Cuernavaca, a conferenciar con el general Angeles y a traer el mayor contingente de tropas posible

para atacar la Ciudadela, y sin ningún temor, fiado como siempre en su buena estrella, atravesó, casi solo, la zona infestada de zapatistas.

El día 9 transcurrió en medio de la espectación más angustiosa. Las calles estaban desiertas, y los contados transeuntes que se advertían, eran vecinos precavidos que aprovechaban los breves instantes de tregua para proveerse de comestibles.

Hacia las 5.30 p. m., un nutrido tiroteo y unos cuantos cañonazos, motivados por una falsa alarma, se dejaron oír por el rumbo de la Ciudadela. El resto del día y la noche transcurrieron en completa calma con los preparativos de ambos bandos para el combate.

El 10 regresó el Presidente de Cuernavaca con su amigo el general Angeles, único jefe federal por quien sentía verdadero cariño, y 2.000 hombres de tropa. Ese mismo día llegaron, procedentes de Celaya y de San Juan Teotihuacán, los regimientos 8º y 30º de rurales.

El mayor Emiliano López Figueroa, de cuya lealtad principiaba a dudarse a causa de no haber aprehendido a los conspiradores la víspera del día señalado para el levantamiento, se dirigió a la Ciudadela en automóvil, diz que a convencer a los rebeldes de que debían rendirse, y fué hecho prisionero, corriendo luego, con visos de certidumbre, el rumor de que había sido fusilado. En su lugar fué nombrado el mayor de caballería Benjamín Camarena.

El general Blanquet, que tan triste papel desempeñó más tarde, estaba, según parece, comprometido en el complot, y se disponía a cooperar con su fuerza a la caída del Gobierno cuando llególe nuevas de la carnicería de Palacio y de la muerte del general Reyes. Entonces, variando de actitud, le puso este telegrama al Presidente Madero:

*«Cuartel general de Toluca, 10 de febrero.*

Señor Presidente de la República

Muy urgente.

*He sabido que en México se dice que he defecionado. Protesto enérgicamente contra esa falsa versión y ruego a Ud. que esta mi protesta se haga pública.*

Respetuosamente,

AURELIANO BLANQUET».

El Presidente Madero contestó al general Blanquet en esta forma:

*«Palacio Nacional, febrero 10.*

Señor general Aureliano Blanquet.

*Nunca he puesto en duda su lealtad. Hoy mando hacer rectificaciones.*

FRANCISCO I. MADERO».

Estos telegramas lo dicen todo: la vileza del traidor, su miedo al Gobierno, a quien creía victorioso; su rastrera hipocresía y la grandeza del alma de Madero. El «respetuosamente» de Blanquet es el puñal de Ravallac arrodillado a los pies de Enrique IV, ó con más propiedad, el beso de Judas a su Maestro. La frase de Madero: «nunca he puesto en duda su lealtad», revela el alto concepto que el noble y heroico Presidente tenía del malvado, y mientras éste viva, flameará ante sus ojos como las terribles palabras que escribió Jehová en el muro maldito de Baltasar.

El martes 11 de febrero, a las 10 y 10 a. m., principió el ataque a la Ciudadela, la cual fué asaltada simultáneamente por cuatro columnas al mando de los generales Delgado, Angeles, Cauz y Maass.

Las posiciones felicistas, al iniciarse el combate, comprendían todos los edificios dominantes que rodean la Ciudadela, como el Parque de Ingenieros, la sexta Comisaria y la Asociación Cristiana de Jóvenes. Las bocacalles estaban defendidas por cañones de grueso calibre y las alturas coronadas de ametralladoras.

Las fuerzas leales, que ascendían ya a cinco mil hombres, circundaban la Ciudadela en un radio de seis calles, es decir, una más allá de las ocupadas por los felicistas.

Una avanzada del Gobierno entró en contacto con una avanzada rebelde en la bocacalle de Balderas y avenida Juárez, y se generalizó el combate. El general Maass atacó por el Norte, el general Delgado por el Este, el general Cauz por el Sur, y el general Angeles por el Oeste.

Las posiciones felicistas en la calle de Balderas, eran formidables. No obstante, el general Huerta ordenó al general Maass que avanzara por ese rumbo. Ochocientos rurales maderistas se ofrecieron los primeros al sacrificio, y cargaron a caballo, con gallardo empuje, contra los cañones y las ametralladoras de los

rebeldes, que hicieron en ellos una espantosa carnicería. Más de doscientos perecieron y el resto se replegó maltrecho hacia la Alameda. Allí murió el coronel Juar. Castillo, cuando en medio del huracán de balas intentaba reanimar a sus soldados. El general Maass comprendió que, sin artillería, le era imposible avanzar por Balderas, y protegido por el fuego de dos ametralladoras, empuzó en la bocacalle un cañón de grueso calibre, que en vano trataron de desmontar los felicistas.

El coronel Romero, Presidente de la Cámara de Diputados, dirigió en persona el fuego de la batería colocada en el lado oeste de la Alameda.

El Ministro de la Guerra, general García Peña, y el general Huerta, recorrían en automóvil los diversos lugares de combate, dictando órdenes. Al medio día se dirigieron a Chapultepec y arengaron a los alumnos del Colegio Militar, que con entusiasmo ofreciéronse a combatir a los rebeldes.

La columna del general Cauz atacó por el lado sur, apoderándose de varias casas próximas a la Ciudadela, y avanzando por las azoteas, llegó hasta el Parque de Ingenieros, magnífica posición que sostuvo a pesar del terrible fuego del enemigo.

Esta misma columna se apoderó de la cárcel de Belén, que nunca llegó a estar en poder de los rebeldes, como se creyó en un principio.

Varias granadas, precedentes de la Ciudadela, cayeron en el Hospital Juárez, hiriendo a varios practicantes y causando considerables perjuicios.

A las seis de la tarde se suspendió el fuego por una y otra parte, y las tinieblas de la noche comenzaron a envolver a la aterrorizada metrópoli.

Los muertos ese día ascendieron a 300, y a 500 los heridos. Los daños materiales fueron considerables, sobre todo en la zona del combate.

El Presidente Madero, entrevistado por los periodistas, declaró su confianza de que al día siguiente sería tomada la Ciudadela.

Al amanecer del 12 de febrero, se reanudó el bombardeo de la fortaleza.

La fase más importante del combate de este día fué la recuperación del edificio de la sexta Comisaría por la columna del general Delgado, que avanzó hasta la quinta calle de Revillagigedo, apoderándose del jardín «Carlos Pacheco» y desalojando a los felicistas de los edificios circundantes.

El general Angeles hizo varios disparos con sus cañones sobre la Ciudadela, determinando un principio de incendio en los almacenes de armas y parque, que tardó algún tiempo

en ser sofocado. Las fuerzas de esta columna, situadas en el Hotel Imperial, frente al Café Colón, sufrieron el fuego de las ametralladoras felicistas, que se reconcentró en ese punto.

Los cañones de la Ciudadela, que estaban apuntados hacia el ángulo noroeste de la cárcel de Belén, abrieron una brecha por donde se escaparon algunos reclusos.

El general Blanquet, cuya llegada se esperaba ese día, telegrafió al Presidente, manifestándole que no podía venir, porque los zapatistas habían quemado varios puentes; pero que ya estaba reparando la vía.

De Cuernavaca llegaron mil quinientos hombres, pertenecientes a la columna del general Angeles, sumando, con este refuerzo, 6.500 hombres las fuerzas del Gobierno en torno de la Ciudadela.

La fuerza rebelde no sumaba quinientos hombres; el cerco se iba estrechando, y su situación se hacía cada vez más crítica. Sin embargo, el general Huerta vacilaba antes de dar el asalto, como si quisiera retardar la caída de la fortaleza.

El Gobierno prohibió ese día el acceso a sus filas a las brigadas de la Cruz Roja, porque se comprobó que muchos miembros de esa benéfica institución, llevaban informes preciosos a los felicistas acerca de los movimientos de las fuerzas leales.

Muchos españoles, que simpatizaban con la causa de Félix Díaz, introdujeron viveres a la fortaleza, y algunos pelearon en las primeras filas.

Este apoyo que dichos peninsulares brindaron a los sublevados, fué más tarde causa de las terribles y en cierto modo merecidas persecuciones que sufrieron por parte de los maderistas.

Durante la noche, la ciudad presentaba un aspecto fantástico. La luz eléctrica faltaba en varios distritos, principalmente en los contornos de la Ciudadela, y en cambio, resplandecían en las calles numerosas fogatas, encendidas por los vecinos para incinerar las basuras. Todos los servicios estaban interrumpidos; no se veía un solo gendarme, y la oscuridad aumentaba el horror de las circunstancias. Sin embargo, ni un solo robo se cometió en la capital, lo que pone de relieve la moralidad del pueblo o la espantosa tensión de los ánimos, que hacía que los mismos Manipodios de la Colonia de la Bolsa, atentos a su propia conservación y aterrorizados por el bombardeo, no se preocuparan de los bienes terrenales, como sucede ordinariamente en las grandes catástrofes.

Hacia media noche, los defensores de la Ciudadela lograron introducir 9 carros de pan, leche y otras provisiones, si-

mulando para ello un fuerte tiroteo que alarmó la ciudad, la tensión nerviosa de cuyos habitantes había llegado al paroxismo.

A las 6 de la mañana del 13, el estruendo de los cañones el clo-clo de las ametralladoras y el estampido de la fusilería, anunciaron a la ciudad que había llegado el momento decisivo de la lucha. El bombardeo de ese día fué, en efecto, el más terrible de los efectuados; las posiciones conquistadas por las fuerzas leales fueron de gran importancia; sin embargo, los resultados no correspondieron a las esperanzas de los optimistas, y el fuego cesó al caer de la tarde, sin ventaja efectiva por parte de ninguno de los contendientes. Los felicistas intentaron apoderarse de la torre de la Iglesia del Campo Florido, y fueron desalojados después de una hora de combate. El fuego de la artillería rebelde ocasionó terribles daños en las colonias Juárez y Roma. La batería del general Angeles, colocada cerca de la estación del Nacional, hizo grandes estragos en la colonia Cuauhtemoc. Varias granadas cayeron en los clubs americano y alemán, y una bomba, disparada por un hábil artillero, estalló en la puerta Mariana, matando a varios soldados.

En vista de que los felicistas, con el fin de sembrar el terror, disparan sus cañones hacia todos los rumbos de la ciudad, el Ministro de la Guerra hace llegar a conocimiento de los generales Díaz y Mondragón que, si no observan las leyes de la guerra civilizada y no limitan sus fuegos a la zona de combate, al caer la Ciudadela en poder de las fuerzas de su mando, serán considerados fuera de ley todos los que la ocupan. Este mismo día el Presidente Madero, para descargarse de las tremendas responsabilidades del momento histórico y quitarle todo pretexto a la revuelta, ofrece la vida y la libertad a los que se rindan, sin exceptuar a los generales Díaz y Mondragón. A este generoso ofrecimiento, los jefes rebeldes, que ya posiblemente estaban en pláticas con el general Huerta o esperaban un cambio en la situación, contestaron con arrogancia que ni pedían ni deseaban clemencia y que, en todo caso, preferían morir antes que rendirse.

El Gobierno recibió ese día el refuerzo de varios miles de fusiles y dos millones de cartuchos para rifle y cañón, procedentes de Veracruz.

Cándido Aguilar y otros jefes maderistas ofrecen al señor Madero miles de voluntarios; pero Huerta, que ya ha entrado en pláticas con Díaz, rechaza la idea de armar a dichos voluntarios, pretextando que ya tiene en torno de la Ciudadela suficiente número de soldados para reducir a los rebeldes.

El 14, disminuyó el fuego, transcurriendo largos intervalos

sin que se escuchara el estrépito de los cañones ni el estruendo de la fusilería.

Impotente el enemigo para vencer, sitiado por todas partes y sin esperanzas de auxilio, apela a la intriga.

Zapata, con quien contaban los felicistas para aumentar las dificultades del Gobierno, se reconcilia con Madero en aquella hora suprema, y mantiene sus huestes en espectación en el Ajusco; Genovevo de la O, a pesar de que circulan por las calles carteles apócrifos anunciando su proximidad, no parece por ningún lado; el batallón «Fieles de Veracruz», que se subleva en Oaxaca, es vuelto al orden; Aguilar y de la Llave, amenazadas por el coronel Pradillo, se retiran de los suburdios de Puebla; Argumedeo no se atreve a atacar a San Luis Potosí, y el resto de la República permanece tranquilo. Sólo en la Ciudadela, circuida de hierro y de fuego, se revuelca la hidra felicista en su propia sangre.

Pero Huerta no ataca; Huerta da tiempo a la traición. A pesar del furioso bombardeo, la Ciudadela está casi intacta. Los artilleros apuntan sus piezas contra las casas, y se entretienen en destruir edificios, representando a conciencia su papel de farsantes en aquella comedia de la muerte. Sólo Angeles se bate; pero tiene orden de no avanzar, y sus baterías, mal dirigidas, ocasionan terribles estragos en las aristocráticas colonias.

Entonces, aparece el señor de la Barra en el umbral de la tragedia, enguantado y acicalado, con sus espejuelos de oro y su conciencia de plomo.

De la Barra había dirigido al Presidente Madero, el lunes en la noche, una carta en la que se ofrecía como intermediario entre el Gobierno y los revolucionarios, para encontrar una solución que evitara la efusión de sangre de hermanos.

El señor Madero, a la media noche de ese día, contestó al señor de la Barra, manifestándole que no estaba dispuesto a tratar con los rebeldes.

La noche del 13, el señor de la Barra, que se encontraba *casualmente* en la Legación de Inglaterra, tuvo una conferencia con el general Angeles, que había oído a ver a Mr. Strong, para tratar del cambio de colocación de unos cañones situados frente al edificio que ocupaba la representación británica. De la Barra manifestó al general Angeles sus deseos de mediar en el conflicto, y dicho jefe transmitió al Presidente de la República el nuevo ofrecimiento del célebre político (5).

Esta vez, el Presidente Madero, que deseaba concertar un

---

(5) Relato del licenciado Francisco L. de la Barra a un redactor de *Revista de Revistas*.



armisticio para que los habitantes de las colonias próximas a la Ciudadela pudieran abandonar la zona de fuego y para que los cadáveres de los contendientes pudieran ser recogidos e incinerados, no rechazó la oferta, y a las 10 a. m. del día siguiente, el general Angeles se presentó en la tercera calle de la Rosa, domicilio del señor de la Barra, a suplicarle, en nombre del señor Madero, que se sirviera pasar al Palacio Nacional.

En la entrevista, que fué bastante larga, quedó autorizado el señor de la Barra para hablar con los señores Díaz y Mondragón a efecto de que se concertara un armisticio.

En un automóvil de la Secretaría de Guerra, y acompañado de su hermano el ingeniero Luis de la Barra y del capitán Cueto, que llevaba bandera blanca, el oficioso embajador se dirigió a la Ciudadela.

El automóvil se detuvo en la calle de Dinamarca, y desde allí los comisionados continuaron a pie hasta la fortaleza, a la que entraron por la puerta suroeste, siendo recibidos con aplausos y vivas por los rebeldes.

Allí encontraron al Ministro de España, don Bernardo de Cologan y Cologan, que también había ido a la Ciudadela en misión «pacifista».

El señor de la Barra había logrado su objeto: ya estaba en relación con los rebeldes, y podía dirigir hábilmente las negociaciones en forma de que de ellas resultara una nueva transacción y un nuevo interinato.

La entrevista duró más de una hora, y en ella se trató, posiblemente, de la situación internacional, de la actitud que debía asumir el Senado, y de la renuncia del Presidente.

El señor de la Barra regresó a Palacio y le dió cuenta al señor Madero del resultado de su misión, manifestándole que los rebeldes se negaban a concertar el armisticio, y que las negociaciones sólo podían iniciarse en forma siempre que les sirviera de base la renuncia previa del Presidente, del Vicepresidente y del Gabinete, a lo que el señor Madero contestó que por ningún motivo se hallaba dispuesto a dimitir.

El señor de la Barra, que había servido largos años en el cuerpo diplomático y que por su exquisita educación y su talento se había granjeado el afecto de todos sus colegas en Washington y en las Cortes europeas, tenía, entre los representantes extranjeros acreditados en México, amigos íntimos como Henry Lane Wilson y Bernardo de Cologan y Cologan, que anhelaban que subiera a la Presidencia en vez del generoso y popular Madero.

Francisco de la Barra y Henry Lane Wilson: he aquí dos almas gemelas, dos astros negros que, como Plutón y Proserpi-

ría, gravitan y tienen sus funestas conjunciones en el Averno. El uno piensa; el otro ejecuta. Son distintivos por educación e inteligencia; de la Barra elegante y sutil; Wilson grosero y vulgar; el uno, como el Ariel de Shakespeare, liba el néctar con delicadeza, y luego se enjuga el labio con la punta de su pañuelo de batista; el otro, bebe whiskey y cognac hasta emborracharse; pero la iniquidad, esa serpiente de dorados anillos, los enlaza y hermana.

Lane Wilson envía a Wáshington terroríficos informes. La ciudad de México es víctima del incendio y del saqueo; no hay seguridad para los no combatientes; varias granadas han caído en hogares americanos, matando familias enteras; la situación es peor que la de Pekín en la época de los boxers o que la de las poblaciones de Armenia durante las matanzas de cristianos. Los federales talan, roban, asesinan y violan como los huestes de Zapata. Urge poner remedio a la situación, por humanidad y por patriotismo también, porque la vida y el honor de los americanos que aún no han logrado salir de la ciudad, corren peligro.

Mr. Taft, alarmado, dispone que, inmediatamente, se dirijan a aguas de México los escuadrones del Atlántico y del Pacífico con tropas de desembarque. La noticia corre por México como un reguero de pólvora, inflamando los corazones. La pelota está bien lanzada, y Mr. Taft va a sacar la castaña con su propia mano. Se quiere de este modo obligar al Gobierno a entrar en negociaciones con los rebeldes, a capitular, a deshonrarse.

En tan graves circunstancias, el señor Madero envía a Mr. Taft un cablegrama vibrante de dignidad y patriotismo, y convoca al Senado.

He aquí el cablegrama a Mr. Taft:

*“PALACIO NACIONAL, 14 de febrero de 1913.*

Sr. W. H. TAFT, Presidente de los Estados Unidos de América.

WASHINGTON.

*“He sido informado que el Gobierno que Su Excelencia dignamente preside, ha dispuesto salgan con rumbo a las costas de México buques de guerra con tropas de desembarque para venir a esta capital a dar garantías a los americanos. Indudablemente los informes que usted tiene y que le han movido a tomar tal determinación, son inexactos y exagerados, pues las vidas de los americanos en esta capital no corren ningún peligro si abandonan la zona de fuego y se concentran en determinados puntos de la ciudad o en los suburbios, en donde la tranquilidad es absoluta y en donde el Gobierno puede darles toda clase de garantías. Si usted dispone que así lo hagan los residentes americanos en esta capital, según la práctica establecida en un*

*mensaje anterior de usted, se evitaría todo daño a las vidas de los residentes americanos y extranjeros. En cuanto a los daños materiales de las propiedades, el Gobierno no vacila en aceptar todas las responsabilidades que le corresponden, según Derecho Internacional. Ruego, pues, a Su Excelencia, ordene a sus buques no cayan a desembarcar tropas, pues esto causará una conflagración de consecuencias inconcebiblemente más vastas que las que se trata de remediar. Aseguro a Su Excelencia que el Gobierno está tomando todas las medidas, a fin de que los rebeldes de la Ciudadela hagan el menor daño posible, y tengo esperanzas de que pronto quede todo arreglado. Es cierto que mi patria pasa en estos momentos por una prueba terrible, y el desembarque de fuerzas americanas no hará sino empeorar la situación, y por error lamentable, los Estados Unidos harán un mal terrible a una nación que siempre ha sido leal y amiga y contribuiría a dificultar en México el establecimiento de un Gobierno democrático semejante al de la gran nación americana. Hago un llamamiento a los sentimientos de equidad y de justicia, que han sido la norma de su Gobierno y que indudablemente representa el sentimiento del gran pueblo americano, cuyos destinos ha regido con tanto acierto.*

FRANCISCO I. MADERO'

La convocatoria al Senado estaba concebida en estos términos:

*"Por acuerdo del C. Presidente de la República, tengo el honor de suplicar a usted se sirva convocar a una reunión secreta extraordinario del Senado en la cual el Ejecutivo de la Unión informará acerca de la situación actual.*

*"Espero se servirá usted comunicarme la hora en que los C. C. Senadores se reunirán en el local de su Cámara, a fin de proporcionarle las seguridades debidas y de que concurra a la sesión el Secretario de Estado que suscribe, y que informará en nombre del Ejecutivo.*

*"Protesto a usted las seguridades de mi distinguida consideración.*

*"Libertad y Constitución.—Palacio Nacional de México, febrero de 1913.*

*"El Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores,*

PEDRO LASCURAIN

*"Al C. Juan C. Fernández, Vicepresidente de la Cámara de Senadores al Congreso de la Unión.—Presente".*

El Senado no se reunió ese día; mas sí hubo una Junta de doce senadores, enemigos del señor Madero, en casa de don Sebastián Camacho, a la que también asistió el Ministro de Relaciones Exteriores, quien informó ampliamente sobre las gravísimas circunstancias de momento. Como resultado de la deliberación, se dispuso citar nuevamente al Senado, ya que el grupo reunido no tenía fuerza moral bastante para darle a sus resoluciones el sello de legalidad que necesitaban (6).

En la mañana del 15, se recibió una comunicación del Cónsul de los Estados Unidos en Mazatlán, en la cual dicho funcionario transcribía el siguiente marconigrama que había recibido de los barcos de guerra americanos:

(6) Acta de la reunión secreta del 15 de febrero de 1913.

«Sesión del Senado americano duró toda la noche. Terminó a las dos de la mañana, acordándose la no intervención de los Estados Unidos en los asuntos de México».

A la una de la mañana de este mismo día, el Embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, no obstante que ya tenía conocimiento de la resolución del Senado americano, reunió en el local de la Embajada a algunos miembros del Cuerpo diplomático, y les hizo saber la próxima llegada de los buques y su decisión firme y resuelta de que tres mil marinos (7) vinieran a proteger las vidas y los intereses de los americanos, así como de los demás extranjeros residentes en la capital.

A las 9.25 a. m., 25 senadores, que no formaban quorum, celebraron una sesión en la Sala de Comisiones de la Cámara de Diputados.

Presidió el senador Juan C. Fernández, y estuvieron presentes los ciudadanos senadores Carlos Aguirre, Antonio Alcocer, Francisco de P. Arce, Wenceslao Briceño, Francisco L. de la Barra, Sebastián Camacho, José Castellot, Víctor M. Castillo, Reginaldo Zepeda, Luis C. Curiel, José Diego Fernández, Guercindo Enriquez, *Jesús Flores Magón* (8), Leopoldo Gout, Ricardo R. Guzmán, Mauro S. Herrera, Antonio Vargas Morfin, Tomás Macmanus, Eduardo Novoa, Guillermo Obregón, Rafael Pimentel, Emilio Rabasa, Aurelio Valdivieso y Heriberto Zuzueta.

Sorprenderá el nombre de Jesús Flores Magón en medio de esta lista de enemigos del Presidente. Y en verdad, es asombroso que un hombre que debía su carrera política al señor Madero, quien de la oscuridad de un bufete lo elevó a una Subsecretaría, y luego a un Ministerio, en la hora suprema lo abandonara, sumándose al número de sus adversarios, a semejanza del ex-Ministro de Relaciones Exteriores y ex-Embajador en Washington, Manuel Calero, que tantos favores le debía al Presidente y que no asistió a la sesión; pero cuyo espíritu voluble y rencoroso flotó en aquel ambiente de iniquidad y traición.

Después de alguna deliberación, son aprobados por unanimidad los acuerdos siguientes:

«Primero.—Consúltese al Presidente de la República, en

(7) Tres mil marinos para proteger las vidas y los intereses extranjeros en el seno de una gran capital de medio millón de almas y en un país de diez y seis millones de habitantes, celosos de su independencia y de su honor! Se necesitaba estar borracho o loco como Lane Wilson para suponer semejante cosa.

(8) El día que el señor Madero nombró Ministro de Gobernación a Flores Magón, éste fué a darle las gracias a Chapultepec. El autor de estas líneas se encontraba presente y recuerda la efusión con que el futuro liberticida se dirigió al señor Madero, jurándole eterno reconocimiento. ¡Ah, los hombres, como decía Shakespeare, están amasados de malicia y de traición!

nombre de la suprema necesidad de salvar la soberanía nacional, que haga dimisión de su alto cargo.

«Segundo.—Hágase igual consulta al C. Vicepresidente de la República.

«Tercero.—Nómbrase una comisión que haga saber al señor Presidente Madero y al Vicepresidente Pino Suárez, los acuerdos tomados».

El Ministro de Relaciones Exteriores indicó la conveniencia de que los senadores presentes se trasladaran a Palacio para comunicar a los señores Madero y Pino Suárez dichos acuerdos, y su proposición fué aprobada.

Acompañados del señor Lascuráin, los veinticinco senadores dirigiéronse a Palacio y fueron introducidos a una de las antesalas de la Presidencia. Aguardaron allí cerca de media hora, y al fin se presentaron el Ministro de Hacienda, don Ernesto Madero, el Ministro de Fomento, ingeniero Bonilla, y el Ministro de Comunicaciones, don Jaime Gurza. El Ministro de Hacienda manifestó que el señor Presidente de la República había salido veinte minutos antes, acompañado del señor general García Peña, a recorrer las posiciones militares del Gobierno (9); y que aunque él y los señores Ministros que lo acompañaban no tenían la representación del Primer Magistrado para hablar en su nombre, creía debido dar conocimiento a los senadores de que el Gobierno tenía fuerza bastante para dominar la situación, puesto que habían llegado refuerzos de importancia; que en el término de pocos días podría tomarse la Ciudadela, pues no era exacto que el brigadier Félix Díaz tuviera elementos bastantes para contrarrestar la acción del Gobierno; que la situación de la República en general era satisfactoria, pues, hasta la fecha, no había habido ningún levantamiento en los Estados, permaneciendo fiel el de Puebla, respecto del cual se había dicho que estaba regido por el coronel Pradillo con el carácter de Comandante Militar; que, respecto al peligro de una intervención americana, no se consideraba serio, y que el Presidente estaba en espera de la respuesta de un cablegrama que había dirigido a Mr. Taft; y finalmente, que tenía datos para asegurar que la renuncia del Presidente, en vez de traer la paz, precipitaría al país en una situación caótica, pues seis u ocho Estados se levantarían en armas, desconociendo al Gobierno que se formara en virtud de un arreglo con los rebeldes.

---

(9) Esto era una excusa, pues el señor Madero no llegó a salir de Palacio, después de su regreso de Cuernavaca. En cierta ocasión que quería él recorrer la línea de fuego, el general Huerta manifestó que no creía conveniente que se expusiera sin necesidad, pues estaba seguro de tomar la Ciudadela al día siguiente, «Si ese día el señor Madero sale a la línea de fuego—decía más tarde el Jefe de la Guardia Presidencial—se toma la Ciudadela».

El Ministro Gurza añadió que había recibido telegramas de todos los Estados de la República, en vista de los cuales podía informar que la situación era satisfactoria.

El senador Enríquez dijo, en nombre del grupo de senadores presentes, que, habiendo el Poder Ejecutivo solicitado, por oficio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, que el Senado se reuniera en sesión secreta para oír el informe que el Secretario del Ramo rendiría sobre las graves noticias recibidas del envío de barcos de guerra de los Estados Unidos de América al puerto de Veracruz con instrucciones de desembarcar fuerzas armadas y hacer avanzar éstas hasta la capital de México para resguardar las vidas e intereses de los americanos residentes en el país, la Cámara Alta no pudo reunirse en número bastante para formar quorum, ni el 14, en que sólo se reunieron 12 senadores, ni el 15, en que ese número se aumentó a 25 en la Cámara de Diputados: que allí esta junta, aunque *sin carácter de Senado* (10), oyó los informes del señor Lascuráin, los que causaron honda impresión, y acordó suplicar al señor Presidente, al señor Vicepresidente y al Gabinete, que renunciaran su alta investidura en aras de la Patria, a impulso del más sublime patriotismo, ya que sin ese paso de elevísima abnegación, no había esperanzas de paz, dada la actitud de los revolucionarios, expresada en el informe del señor de la Barra.

Terminó el senador Enríquez con estas palabras:

«Llegamos aquí, señor Ministro (dirigiéndose al de Hacienda), y nos encontramos con que no podemos hablar con el señor Presidente para cumplir lo acordado, y con que no nos queda, por lo mismo, otro recurso que suplicar a usted se sirva expresar a aquel alto funcionario el objeto con que este grupo de senadores se encuentra aquí; su pena de no haber podido desempeñar directamente ante él lo acordado, y el ahinco y el empeño con que los presentes le suplicamos que preste a su Patria el inmenso sacrificio que de él reclama y que le llenará de gloria y le hará acreedor a las bendiciones de la posteridad...

«Nuestra actitud no varía por los informes que usted se ha servido darnos». (11)

¡Indigna conducta la de los senadores del antiguo régimen! Convocados por el Presidente de la República para que lo ayuden a resolver el conflicto internacional, en vez de investirlo de facultades extraordinarias para rechazar al invasor y de hacer un llamamiento a la nación, le piden que renuncie, que se

---

(10) Textual. Acto de la reunión secreta del 15 de febrero, firmada «Juan C. Fernández, Senador Presidente; Ricardo R. Guzmán, Senador Srto. y José Castellot, Senador Srios».

(11) Id. Acta citada.

entregue a los enemigos, que se incline ante los jefes del cuartelazo y rasgue con sus propias manos la banda tricolor, emblema de su alta investidura, no usurpada, no obtenida por la fuerza, no alcanzada por medio del engaño y de la traición, sino recibida legítimamente en los comicios.

Terminada la reunión, los senadores se retiraron con el firme propósito de continuar intrigando para obtener las renuncias del Presidente, del Vicepresidente y del Gabinete, cosa que les parecía más fácil y cómoda que la sumisión de los rebeldes de la Ciudadela.

Ese día continuó el bombardeo, aunque con menos intensidad. La ciudad presentaba un aspecto terrorífico; pero no se cometió ni un solo robo ni se alteró el orden en los barrios situados fuera de la zona de fuego. Dichosamente, no faltaron viveres, los que entraron en abundancia por el suroeste.

El domingo, la ciudad se despertó con la nueva de un armisticio, el cual terminaría a las dos de la mañana del lunes. La gente comenzó a proveerse de alimentos, y algunas familias, que no habían podido salir de la zona peligrosa, se trasladaron a los suburbios. Algunos curiosos, que se atrevieron a aproximarse a los lugares donde el combate había sido más encarnizado, pudieron observar los grandes destrozos que la artillería había causado en el centro de la ciudad. Las bombas habían derribado muros y abierto grandes boquetes en los edificios; casi todas las casas, en los contornos de la Ciudadela y en el Paseo de la Reforma, habían sido dañadas, y muchos postes de hierro yacían por tierra, cortados materialmente por las balas de cañón. Los cadáveres formaban pirámides en la avenida de Balderas. Se les roció con petróleo y se les prendió fuego; pero quedaron a medio incinerar, presentando un aspecto repugnante, macabro.

Hacia las 2 p. m., sin previo aviso, se reanudó el fuego, habiéndose roto el armisticio a causa de que los beligerantes no lograron ponerse de acuerdo sobre si podía o no permitirse la introducción de viveres a la Ciudadela.

El capitán Gustavo Garmendia es nombrado Inspector General de Policía, en lugar del capitán Camarena, y se nota que cumple a conciencia con su encargo, pues este día son aprehendidos muchos individuos complicados en el movimiento felicista. El señor de la Barra, al ver sus intrigas descubiertas y temeroso de ser aprehendido, se refugia en la Legación Británica.

Excepto algunas hojas volantes, ningún periódico se publica. El 9, las turbas, enfurecidas, intentaron quemar el edificio del periódico reaccionario «El País», y aún hubo un principio de incendio en las oficinas; pero la llegada repentina de los

gendarmes y de los bomberos impidió que se consumara la salvaje, pero justiciera obra. «El Imparcial», cuyas oficinas estaban cerca de la Avenida Juárez, en la sección ocupada por las fuerzas del general Maass, cesó de publicarse el viernes 14. «Nueva Era», cuyo edificio estaba en plena Avenida de Balderas, a pocos pasos de la Ciudadela, quedó de hecho suspendida el mismo día en que la fortaleza fué ocupada por los rebeldes.

El 17 de febrero, el Jefe del Ejecutivo recibió el siguiente cablegrama de Mr. Taft:

“CASA BLANCA, 16 de febrero de 1913.

«A Su Excelencia el señor FRANCISCO I. MADERO, Presidente de México.

“Por el texto del mensaje de V. E., que recibí el día 14, se desprende que ha sido mal informado respecto de la política de los Estados Unidos hacia México, la que por años ha sido uniforme, así como también respecto a las medidas navales o de cualquiera otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural, y ya el Embajador me telegrafió que cuando V. E. fué bastante bondadoso de mostrarme su telegrama dirigido a mí, le hizo notar este hecho.

“En consecuencia, V. E. debe estar advertido de que los informes que parece le han llegado relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactos. Sin embargo, el Embajador, que está plenamente informado, ha recibido de nuevo instrucciones para proporcionar a V. E. las informaciones que desee.

“Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de pruebas de paciencia y buena voluntad.

“En consideración a la especial amistad y a las relaciones existentes entre ambos países, no puedo llamar lo bastante la atención de V. E. sobre la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este Gobierno tanto ha esperado ver restablecidos, ya porque los ciudadanos americanos y sus propiedades deben ser protegidos y respetados, cuanto porque esta nación simpatiza profundamente con las aflicciones del pueblo mexicano.

“Recíprocamente a la ansiedad manifestada en el mensaje de V. E., creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que el curso de los acontecimientos durante los dos últimos años y que hoy culminan en una situación muy peligrosa crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos está en aliviar pronto la actual situación.

WILLIAM H. TAFT”

Este cablegrama, que descartaba el peligro de la intervención, circuló profusamente el mismo día de su llegada, en boletines impresos.

Sin embargo, los senadores aludidos persistieron en su negra obra. Sepultureros del régimen democrático, no cesaron hasta que arrojaron la última paletada de tierra sobre el cadáver palpitante de la República.

Con este propósito, continuaron reuniéndose en casa de don



Sebastián Camacho, quien, en esta tragedia jugó el papel de anfitrión y huésped de los conjurados.

El 17 llegó de Toluca, con mil hombres, el general Blanquet, y estableció su campamento en la Tlaxpana. Allá fueron los senadores Guillermo Obregón y Rafael Pimentel a informarle acerca de la situación y a sondear su ánimo, y luego se dirigieron a la Comandancia Militar, donde tuvieron una larga conferencia con el general Huerta.

En la mañana del 18, los senadores Aguirre, Castellet, Enriquez, Guzmán, Macmanus, Obregón, Pimentel, Rabasa y Valdivieso, tuvieron una junta con el general Huerta, quien leyó una acta, en la que varios jefes declaraban que era imposible tomar por asalto la Ciudadela, y otra en que el Comandante de la Artillería, coronel Guillermo Rubio Navarrete, manifestaba los inconvenientes que traería consigo el bombardeo de la fortaleza (12); y añadió que el Gobierno carecía de elementos necesarios para dominar la rebelión.

En vista de estas manifestaciones, se acordó llamar al Ministro de la Guerra, quien contestó en el acto que, si el general Huerta tenía algo que comunicarle, debía ir a la Secretaría, en vez de mandarlo a llamar, a lo que el general Huerta repuso que no era él quien le rogaba que viniese, sino once senadores y el Presidente de la Suprema Corte, los que tenían algo muy importante que comunicarle.

Al recibir este recado, el general García Peña se dirigió a la Comandancia, donde se encontró con once senadores, el Presidente de la Suprema Corte, licenciado Francisco Carvajal, el general Huerta y el general Blanquet. Al verle, el general Huerta le dijo: «Los señores quieren exponer a usted algo muy importante, y al efecto, tiene la palabra el señor senador Obregón». — «Señor—dijo éste, dirigiéndose al Ministro de la Guerra— la situación es gravísima, y a fin de evitar la intervención extranjera e impedir mayores males, lo exhortamos a que tome

---

(12) Con fecha 17 de febrero el coronel Rubio Navarrete recibió de la Secretaría de Guerra su nombramiento como comandante de la artillería, y verbalmente se le ordenó que bombardeara la Ciudadela.

El coronel Rubio Navarrete se negó a cumplir esta orden verbal, y solicitó una por escrito, la que le fué dada por el general Delgado. Entonces, contestó, también por escrito, manifestando los inconvenientes que traería consigo el bombardeo, reforzando dichos razonamientos con razones técnicas; y sin esperar contestación, envió una circular a todos los jefes de batería, ordenándoles que no hicieran fuego sobre la Ciudadela, excepto en el caso de ser atacados.

Esta fué el acta de que hizo mención el general Huerta en la reunión de senadores. Es fama que más tarde, cuando los «vencedores» de la Ciudadela se vanagloriaban en un banquete, diciendo que ésta jamás hubiera podido ser capturada por las fuerzas del Gobierno, el coronel Rubio, que se encontraba presente, exclamó sin poderse contener: «Nosotros pudimos tomarla, porque teníamos sobrados elementos para ello; pero ni siquiera la bombardeé, pues tenía órdenes de mi general Huerta de no hacerlo».

la actitud que le corresponde, como Jefe del Ejército, a fin de convencer al señor Madero de que debe renunciar, o a obligarlo a ello por la fuerza si no lo hace voluntariamente, ya que esa suprema resolución es lo único que puede salvar la Patria»

Al oír estas palabras, el Presidente de la Suprema Corte se levantó de su asiento, y dijo incontinenti: «Yo he venido aquí ignorando que se trataba de un asunto político-militar tan grave como el que acaba de exponer el señor Obregón; y como la Suprema Corte, cuya misión es únicamente administrar justicia, no puede ni debe ingerirse en estos asuntos, yo no puedo tomar participación en ellos, y quiero que ni siquiera se me tenga por presente».

El general García Peña, indignado por lo que acababa de oír, manifestó que le parecía increíble que hombres que tenían la cabeza cubierta de canas pensaran de tal modo y trataran, a pesar de sus altas funciones, de corromper el Ejército, que no debía tener más norma que la ordenanza, ni más fin que el sostén de las instituciones y de las autoridades legítimamente constituidas. Luego, dirigiéndose al general Blanquet, le dijo: «General; explique usted a los señores cómo trescientos soldados del cuerpo que usted manda, conducidos por oficiales infidentes a la Ciudadela, luego que vieron que se les obligaba a sublevarse contra su bandera, salieron de aquel lugar y regresaron a cumplir con su deber, para que estos mismos señores vean cómo hombres de la última clase social les enseñan el camino de la rectitud y de la honradez. Esto—continuó—me hace recordar las palabras de un diputado de la última Legislatura, en el Gobierno del señor Sebastián Lerdo de Tejada, que decía: «La libertad se va, la democracia se pierde; esto es muy doloroso; pero sucede». Conste que son los funcionarios civiles los que corrompen el Ejército».

Tomó entonces la palabra el señor Camacho, y dirigiéndose con vehemencia al general García Peña, le dijo: que en memoria de su padre, que había sido su íntimo amigo, lo exhortaba a proceder con la energía y prontitud necesarias, porque estaban gobernados por el señor Madero, que era un loco, un insolente.

Al oír estas palabras, el Ministro de la Guerra se abalanzó sobre el senador Camacho, y lo hubiera castigado, si el senador Castellot no lo hubiera asido de un brazo, diciéndole: «Señor general; el señor don Sebastián se ha exaltado. Nosotros lo que queremos únicamente es que nos reciba el señor Madero, porque no hemos podido lograrlo», a lo que el Ministro contestó

que iba a conseguir que los recibiera en el acto el señor Presidente, y que se adelantaba a anunciarlos (13).

Antes de que los mencionados senadores hablaran con el señor Madero, se presentó en Palacio el general Huerta, y al verlo el Presidente, le dijo, en presencia del Ministro de Justicia Lic. Vázquez Tagle y de otras personas que lo acompañaban: «Se me ha informado que hoy en la mañana, muy temprano, han estado algunos senadores, enemigos míos, a verlo a usted para instarlo a que exija mi renuncia». — «Sí, señor Presidente—contestó el traidor con hipócrita sonrisa;—pero no les haga caso, porque son unos...» Enseguida, frotándose las manos, continuó: — «Acabamos de ocupar el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes, posición que es la llave de la Ciudadela». — «Anoté usted eso, señor Argüello—dijo el Presidente, volviéndose al intrépido escritor, que estaba tomando datos para su periódico. Huerta, que conocía a Solón por haberlo visto varias veces en compañía del general Angeles y en la Comandancia Militar, lo saludó con fingido afecto, y le dió algunos datos acerca de las operaciones realizadas en la mañana. Solón pudo observar que ese día el general Huerta estuvo más afectuoso que nunca con el señor Madero.

Los senadores Camacho, Rabasa, Enriquez, Castellot, Obregón, Guzmán, Aguirre, Fernández y Pimentel, fueron recibidos por el Presidente en la pieza contigua al Salón Verde, cerca del elevador. Tomó la palabra, en nombre de sus compañeros, el senador Obregón, y comenzó a hacer consideraciones generales sobre el estado del país y los peligros que amenazaban a la nación, y como su exposición fuera bastante larga y cada vez más embarazosa, el señor Vázquez Tagle, le dijo, interrumpiéndolo: «Hable usted claro», manifestando entonces el señor Obregón que iba pedir la renuncia del señor Madero, como único medio de acabar con las dificultades y conjurar los peligros presentes. El señor Madero, irguiéndose con dignidad, contestó, que no presentaría su renuncia, pues había sido electo legítimamente por el pueblo; y que, por lo mismo, su deber era permanecer en el puesto, y que en él moriría, si fuera preciso.

Luego, el señor Madero mostró a los senadores el cablegrama de Mr. Taft, y añadió: «No me llama la atención que ustedes vengan a exigirme que renuncie, porque como son senadores nombrados por el general Díaz y no electos por el pueblo, siempre me han considerado como enemigo y verán con gusto mi caída».

---

(13) *Rotificaciones y rectificaciones históricas*, por los diputados renovadores y liberales de la XXVI. Legislatura.

Los senadores se retiraron enseguida, quedando únicamente los señores Enriquez y Castellot, quienes presentaron sus excusas al señor Madero, asegurándole que habían ido a pedirle su renuncia inspirados sólo en el más puro patriotismo, para evitar la intervención americana. Al retirarse, Castellot trató de darle la mano al Presidente; pero éste continuó con las suyas cruzadas por la espalda (14).

Resuelto ya el general Huerta a dar el golpe de Estado, ordenó al general Blanquet, quien permanecía aún en la calzada de Tacuba, que avanzara hacia Palacio con las fuerzas de su mando y se apoderara del Presidente de la República y de su Gabinete. Ya la noche anterior, en previsión del caso, habían sido cambiadas las guardias, que pertenecían al regimiento de carabineros de Coahuila (15), por soldados del 29.º batallón.

A la 1 p. m. las fuerzas del general Blanquet principiaron a desfilar hacia el centro de la ciudad, y formaron su campamento en la Plaza.

El Presidente Madero, se encontraba en ese momento en el salón de Embajadores en Consejo con sus Ministros Lascaráin, Vázquez Tagle, Hernández, Bonilla y el Vicepresidente Pino Suárez. También se encontraban allí don Marcos Hernández, hermano del Ministro de Gobernación, el comodoro Hilario, Rodríguez Malpica, jefe del Estado Mayor presidencial, el capitán Gustavo Garmendia, Ayudante del Presidente, nombrado hacía tres días Inspector General de Policía, y los capitanes Montes y Vázquez Schiaffino.

Bruscamente se abrió una de las puertas del salón, y se presentaron el Teniente Coronel Jiménez Riveroll, el Mayor Izquierdo, el capitán Posada, ayudante del general Huerta, y veinte soldados del 29.º batallón.

El oficial de guardia, Federico Montes, se interpuso entre Riveroll y los soldados, y les ordenó a estos últimos con voz

---

(14) Documento citado.

(15) Los carabineros de Coahuila formaban un cuerpo de voluntarios adictos al Presidente Madero, de quien eran contreráneos. En la campaña contra Orozco, se distinguieron por su entusiasmo y bravura. Durante la decena trágica, montaron siempre la guardia, hasta el 17 en la noche, en que fueron enviados a la Tlaxpana. Cuando el Presidente los vio por primera vez en Palacio, exclamó jubiloso: «¡Ah, mis bravos carabineros!» El día 18 en la tarde, cuando las campanas se echaron a vuelo y todo el mundo abandonó sus casas para celebrar la terminación de aquellos terribles acontecimientos, los carabineros, creyendo que había caído la Ciudadela, se pusieron sus escarapelas maderistas. Al saberse la verdad, los famosos voluntarios se negaron a permanecer en sus cuarteles, y desobedeciendo y desarmando a sus jefes, abandonaron en cuerpo la Tlaxpana, se batieron con las fuerzas enviadas a perseguirlos, libertaron a cien compañeros que estaban detenidos en otro cuartel, y se dirigieron hacia el Ajusco. Después de homéricas hazañas, los sobrevivientes de este heroico cuerpo, atravesando media República, se presentaron a Carranza, quien los felicitó por su lealtad y valentía.

imperiosa que retrocedieran. Alguien dijo: «¡traición!», y Riveroll, súmamente pálido, gritó a la tropa: «¡Apunten, fue...!» No pudo terminar la frase, porque un certero disparo del capitán Garmendia lo hizo rodar, con la cabeza destrozada por un balazo, a los pies del Primer Magistrado. El Mayor Izquierdo intentó arrojar sobre el señor Madero; mas un nuevo disparo le partió el corazón.

La escena que se desarrolló fué espantosa. Los soldados hicieron una descarga cerrada sobre el señor Madero; mas su primo, el ingeniero Marcos Hernández, se interpuso entre los asesinos y la víctima, y recibió dos proyectiles, a consecuencia de los cuales murió pocas horas después, con la heroica, pero vana satisfacción de haber salvado al Presidente. Otros disparos se cruzaron entre los oficiales de la guardia y los traidores, que al fin desalojaron el salón. Veloz como su pensamiento, el señor Madero salió a los balcones que dan a la calle de la Acequia, donde estaban apostadas fuerzas rurales, que al verlo, agitaron las armas, gritando: «¡Viva el Presidente de la República! ¡Viva Madero!». El Primer Magistrado atravesó corriendo varias salas, y se asomó a uno de los balcones que dan a la Plaza de la Constitución, y al ver que los soldados que allí acampaban lo recibían con iguales demostraciones de lealtad, tomó el elevador para dirigirse a ellos; mas al pie del mismo encontró al general Blanquet, con el rostro congestionado, con la misma cara de demenio del sargento implacable que le dió el tiro de gracia a Maximiliano en el Cerro de las Campanas, y que debía darle también el mismo tiro a la democracia mexicana.

Blanquet sacó su pistola, y apuntando al señor Madero, gritó: «¡Ríndase, ríndase, ríndase!» El Presidente intentó hablar, pero las voces de sus aprehensores ahogaron la suya. Sólo se le pudieron oír estas palabras: «¡Asésineme luego!»

La riquísima alfombra, los muebles dorados y los cortinajes de seda del salón de Embajadores, quedaron manchados de sangre, y los hermosos espejos y los históricos jarrones, hechos añicos, recordaban la violentas escenas de la revolución que se desarrollaron en el Louvre y en Versalles.

El señor Madero y el señor Pino Suárez fueron conducidos a la sala de la intendencia, que está situada en la planta baja de Palacio y los Ministros fueron llevados a otros departamentos, donde quedaron a la disposición del general Huerta.

En tanto, una escena parecida; pero que no revistió un aspecto tan trágico, verificábase en el restaurant Gambrinus, donde se encontraban reunidos, celebrando el ascenso del coro-

nel Romero a brigadier, los señores Gustavo A. Madero, general Huerta y general Delgado.

El banquete no era más que un lazo, pues a los postres, y después de un efusivo brindis, el general Huerta le pidió a Gustavo su revólver, so pretexto de que había olvidado el suyo en la Comandancia, y salió del restaurant, en momentos en que se detenían ante el mismo varios guardabosques de Chapultepec, bajo el mando del capitán Luis Fuentes y de un individuo de apellido Quirós, con orden de aprehender al hermano del Presidente. Estos hombres entraron al restaurant y rodearon a Gustavo, intimándole que se rindiera. Asombrado, el célebre político trató de levantarse y huir del salón; pero veinte bocas de fusil lo obligaron a volver a su asiento.

—Está usted preso—le dijo el capitán Fuentes.

—¿De orden de quién?

—De mi general Huerta—contestó con altanería el interpelado.

El brigadier Romero, en la confusión que produjo esta escena, logró ganar una puerta, y huyó sin que nadie se diera cuenta de ello. El general Delgado intentó hacer otro tanto; pero los guardabosques se arrojaron sobre él, y lo condujeron: preso a Palacio.

Mientras se determinaba qué se debía hacer con el prisionero, Gustavo fué encerrado en el guardarropa del restaurant, y allí permaneció varias horas, vigilado estrechamente y oyendo los alaridos de la soldadesca desenfrenada, que gritaba fuera: «¡Muera Ojo Parado!»

Mientras el infeliz Gustavo aguardaba su destino, el general Huerta, ya asegurado el éxito del cuartelazo, se dirigía a Palacio, a tomar posesión de la Presidencia.

Ya la noticia de la prisión de Madero se había esparcido por todos los ámbitos de la ciudad. Sin embargo, por el rumbo de la colonia de la Teja, aún suenan el cañón y la fusilería. Es que el general Angeles, que no está en el complot, continúa bombardeando la Ciudadela.

Al llegar a Palacio, Huerta ordena a uno de sus ayudantes que vaya en automóvil y ordene al general Angeles, de parte del señor Madero, que se presente en Palacio, y luego se asoma al balcón principal del mismo, acompañado del general Blanquet y otros jefes, y saludando a la asombrada multitud que se ha reunido en la Plaza, dice en sustancia:

«El Presidente Madero, el Vicepresidente y los Ministros, están presos. Si se tomó esta determinación, fué para evitar que continuara la lucha fratricida que ensangrentó las calles

de México y los campos de la República por el capricho de un hombre».

Poco después se presentó en Palacio el general Angeles, acompañado por el Ayudante del general Huerta. Allí se le comunicó lo sucedido, y como Angeles se negara a secundar la traición, el divisionario le pidió su espada, y lo recluyó en uno de los departamentos de la Comandancia, con centinelas de vista.

Fué, en verdad, el general Angeles, el único jefe federal que, haciendo honor a su juramento de soldado, se negó a reconocer el régimen huertista, fruto de la traición y del asesinato.

Asumió, pues, Huerta el Poder Ejecutivo, nombró Comandante de Plaza al general Blanquet, y ordenó fijar en los muros de Palacio este manifiesto:

«AL PUEBLO MEXICANO:—En virtud de las circunstancias difíciles porque atraviesa la nación, y muy particularmente la capital de la República, la que, por obra del deficiente gobierno del señor Madero, bien se puede calcular su situación de casi anárquica, he asumido el Poder Ejecutivo, y en espera de que las Cámaras de la Unión se reúnan desde luego para determinar sobre esta situación pública actual, tengo detenidos en el Palacio Nacional al señor Francisco I. Madero y su Gabinete, para que una vez resuelta este punto, y tratando de reconciliar los ánimos en los presentes momentos, trabajemos todos en favor de la paz; que es para la nación entera asunto de vida o de muerte.—V. HUERTA”.

El siguiente telegrama fué enviado a los Gobernadores de los Estados:

“*Por disposición del Senado*, he asumido el Poder Ejecutivo, hallándose presos el Presidente de la República y su Gabinete.—V. HUERTA”.

Luego, Huerta envió al Embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, este servil y repugnante mensaje:

«PALACIO NACIONAL, 18 de marzo de 1913.

“*Señor Embajador de los Estados Unidos de América:*

«El Presidente de la República y sus Ministros los tengo en mi poder, en el Palacio Nacional, en calidad de presos. Este acto mío, ruego a S. E. se sirva interpretarlo como la manifestación más patriótica del hombre que que no tiene ambiciones más que de servir a su patria. Sirvase Su Excelencia interpretarlo en la forma que respetuosamente le suplico. No tiende más que a asegurar la paz en la República y a asegurar los intereses de sus hijos y los de las diversas colonias extranjeras que tantos beneficios nos han proporcionado. Saludo a usted suplicándole con el mayor respeto, se sirva poner en conocimiento S. E. el señor Presidente Taft, todo lo que he tenido la honra de exponer a usted en esta nota.

«Igualmente tengo la honra de suplicar a usted se sirva dar el aviso correspondiente a las diversas legaciones que se hallan en esta capital.

«Si Su Excelencia pudiera hacerme la gracia de dar aviso a los rebeldes que se hallan en la Ciudadela, seria un nuevo motivo de agradecimiento del pueblo todo de la República hacia usted y hacia el siempre glorioso pueblo americano.» (17)

«Con el respeto de siempre, quedo de Su Excelencia su afectísimo,

V. HUERTA».

En virtud de esta nota, Henry Lane Wilson se trasladó a la Ciudadela, y arregló una entrevista con los generales Díaz y Huerta.

Los rebeldes recibieron con dianas la noticia de la caída del Gobierno, y los gritos de «¡Viva Félix Díaz!» «¡Viva el general Huerta!», atronaron el espacio.

A las 5 p. m., las campanas de la Catedral, anunciaron al pueblo, con largos y sonoros repiques, el cambio de Gobierno. Un enorme gentío se precipitó a las calles, y circuló por las grandes arterias como la sangre de un organismo después de larga catalepsia. Nadie medía las consecuencias de aquel golpe de Estado; todos se regocijaban, pensando que había llegado el término de tantos males y que la paz se haría efectiva, como si ésta fuera posible por medio de la usurpación y del crimen. Se oían gritos de «¡Viva Félix Díaz!» «¡Viva el general Huerta!», «¡Viva el Ejército!» y «¡Muera Ojo Parado!»; pero no se oía un solo muera al Presidente, como si la soldadesca y el populacho respetaran al reformador caído y la conciencia de su virtud sellara todos los labios.

En la noche, los generales Díaz y Huerta, acompañados de sus segundos y amigos, firmaron en el palacio Cobián, sito en la avenida de Bucareli, el célebre convenio conocido con el nombre de «Pacto de la Ciudadela», y según el cual, el primero reconocía al segundo como Presidente interino de la República; se designaba el nuevo Gabinete, y se establecía, finalmente en la cláusula cuarta, que el general Díaz declinaba el ofrecimiento de formar parte de dicho Gabinete provisional, con el objeto de quedar «en libertad de emprender trabajos con el fin de ser electo en las próximas elecciones presidenciales».

Terminado este convenio, ambos generales expidieron el siguiente manifiesto:

#### AL PUEBLO MEXICANO:

«La insostenible y angustiosa situación por la que ha atravesado la capital de la República, ha obligado al Ejército, representado por los sus-

(17) Compárese este lenguaje adulator y servil con el que más tarde usó el usurpador cuando quería, para salvarse, arrastrar a su patria a la guerra contra los Estados Unidos.



critos, a unirse en un sentimiento de fraternidad para lograr la salvación de la Patria y como consecuencia, la Nación puede estar tranquila; todas las libertades dentro del orden quedan aseguradas bajo la responsabilidad de los jefes que suscriben y que asumen desde luego el mando y la administración en cuanto sea preciso para dar plenas garantías a los nacionales y extranjeros, ofreciendo que, dentro del término de 72 horas quedará debidamente organizada la situación legal.

«El Ejército invita al pueblo, con quien cuenta, a seguir en la noble actitud de respeto y moderación que ha guardado hasta hoy. Invita, asimismo, a todos los bandos revolucionarios a unirse para consolidar la Paz Nacional.

México, febrero 18 de 1913.

FELIX DIAZ

V. HUERTA

Hacia la noche, los reflejos de dos incendios tiñeron de rojo el cielo. Era el edificio de «Nueva Era» y la casa de don Francisco Madero sr., que ardían.

Los incendiarios rociaron de petróleo las puertas y las ventanas, y les prendieron fuego. Las llamas consumieron la hermosa rotativa, los linotipos y toda la imprenta, no quedando del gallardo edificio más que los muros renegridos y agrietados. El fuego consumió también la casa de la calle de Berlín, precioso chalet rematado por una cúpula dorada. Sólo restó el jardín lleno de escombros y cenizas y aquella especie de tribuna desde donde don Francisco I. Madero pronunció sus primeros discursos contra la reelección del general Díaz.

Ninguna tentativa se hizo para apagar los incendios; los bomberos permanecieron en sus cuarteles, y el fuego sólo cesó cuando ya no tuvo nada que consumir.

En tanto, Gustavo Madero y el intendente de Palacio don Adolfo Bassó, eran conducidos a la Ciudadela por el capitán Fuentes, en un automóvil de la Secretaría de Guerra.

Durante el trayecto, Gustavo ofreció a sus custodios una fuerte suma de dinero para que lo dejaran en libertad; pero los esbirros no la aceptaron:

«Huerta—dice un testigo presencial (18)—había ofrecido a los traidores la cabeza de Gustavo Madero y de Bassó y supo cumplir ese fúnebre compromiso. Con la criminal indiferencia de un Calígula, arrojó los cuerpos indefensos de los vencidos a las fauces voraces del felicismo sanguinario y bestial.

«Rodolfo Reyes, *el cerebro del cuartelazo*, queriendo vengar la muerte de su padre, supo inducir al inepto Félix Díaz y al general Mondragón para que, entre las promesas verbales que de Huerta obtuvieran, figurase la que se refería al castigo

(18) Jesús González, oficial del Ejército federal.

de los autores directos de la muerte de su padre, considerando como tales a los intendentes de Palacio Bassó y Salazar, al general Villar y a don Gustavo Madero.

«El usurpador accedió a entregar, *para que se les castigara*, a los intendentes y a don Gustavo, negándose a proceder contra del Villar, en atención a la vieja amistad que lo ligaba con el valiente jefe fronterizo.

«En virtud de este acuerdo, el hermano del Presidente Madero y el intendente Bassó, fueron llevados a la Ciudadela, no sucediendo otro tanto con Salazar, porque éste supo escabullirse a tiempo.

«Los prisioneros, luego que estuvieron en poder de los soldados felicistas, fueron objeto de injurias y de burlas; y ya en presencia de los principales jefes de la asonada, Díaz, Mondragón, Reyes, Ocón y Mendizábal, previo un interrogatorio grosero, se les condenó a muerte, comisionándose para consumir el criminal atentado, a Cecilio Ocón y a un individuo de apellido Higareda.

«Al discutir la pena que debería imponérseles a los detenidos, se produjo un incidente entre éstos y sus más vehementes acusadores —y iueces.—Rodolfo Reyes y Cecilio Ocón. Don Gustavo rechazó las inculpaciones que se le hacían, alegando, también, la inmunidad de que disfrutaba en su calidad de diputado, a lo que contestó Reyes, que también había sido diputado el general Ruiz. Cecilio Ocón, por su parte, visiblemente trastornado por el alcohol, abofeteó al señor Madero, diciéndole:

—«Vea usted cómo respetamos nosotros su fuero...

«El agredido, secundado por Bassó, quiso castigar al cobarde que abusaba de su posición, pero Félix Díaz intervino y los reos fueron llevados a un departamento de la Ciudadela.

«Cecilio Ocón, que había recibido gustoso la comisión de asesinar a los prisioneros, acompañado de Higareda, se dirigió a los cuarteles rebeldes, y allí dispuso que las presuntas víctimas fueran transportadas al lugar de la ejecución, que fué el ángulo sureste de la plazoleta que rodea la estatua de Morelos, en las afueras de la Ciudadela.

«La soldadesca, ebria y envalentonada por el triunfo, imitando la conducta de sus jefes, recibió hostilmente a los prisioneros. Algunos felicistas, en el colmo de la insolencia, encarabanse con don Gustavo y prorrumpían en estertóreos gritos de «¡Muera Ojo Parado!», en tanto que otros, más atrevidos, descargaban golpes sobre el indefenso señor Madero, que sufría sin protesta, la furiosa acometida de sus enemigos.

«Sin embargo, llegó un momento en que el hermano del

Presidente, justamente indignado, trató de castigar a los más osados, consiguiendo únicamente exasperarlos. Entonces el encono de los felicistas creció y un oficial desertor del 29.º batallón, de apellido Melgarejo, logró pinchar con la punta de su espada el único ojo hábil de Gustavo, produciéndole la ceguera inmediatamente. Y era de ver entonces aquel grupo de protervos, celebrando su hazaña con sátiras infames y con algazara que despertó en mi ánimo un vivo sentimiento de horror.

«Sentí, al contemplar aquel cuadro de salvajismo y de crueldad indecible, una muy honda decepción y una muy justificada vergüenza.

«Después de reír y de celebrar el dificultoso andar de don Gustavo, que con el rostro cubierto de sangre, procuraba orientarse, tentado aquí y allá, hasta tocar la cerca de alambrado, Cecilio Ocón ordenó que se formara el cuadro, encargándose él mismo de colocar a la víctima en el lugar apropiado. Reaccionó entonces don Gustavo, y como en un postrer arranque de vigor, rechazó rudamente al infame, que valido de su preponderancia, trataba de humillarlo y escarnecerlo. Pero Ocón, en el paroxismo de la cólera, volvióse furioso, y sujetando al señor Madero por las solapas, quiso obligarlo a ocupar el centro del cuadro, mas como fuera dominado nuevamente por la soberbia fuerza muscular de su contrincante, ciego de coraje, disparó su pistola sobre don Gustavo a quien hirió, disponiendo incontinenti, que sus hombres terminaran la perversa obra.

«Más de veinte bocas de fusil se descargaron sobre el cuerpo del célebre político, que se desplomó dando las últimas sacudidas.

«Bassó, que contemplaba pálido de indignación aquellos actos de bestialidad regresiva, al ver que rodaba el cuerpo de su compañero de suplicio, exclamó:

—«No es el último patriota; aún quedan muchos valientes a nuestra espalda, que sabrán castigar estas infamias.

«Pero no había de terminar ahí todo. Ocón, con la mirada turbia y el andar inseguro, señalando a Bassó, dijo:

—¡Ahora, a ese!

«El valiente intendente de Palacio, con paso firme, encaminóse al lugar de la ejecución, y rechazando el pañuelo que para vendarse le ofrecían, fijó sus pupilas en el cielo, y esperó la descarga que sobre él hicieron, muriendo en el acto.

«Inmediatamente que el doble asesinato se consumó, la soldadesca desenfrenada se lanzó a manera de buitres famélicos sobre los despojos humanos, entregándose a un saqueo macabro.

«Dos horas más tarde, Cecilio Ocón, acompañado de al-

gunos señores Diputados, entre los que reconocí a Moheno y a Tomás Braniff, fué a enseñar los cadáveres, llegando su cinismo al grado de asegurar que él había dado muerte al señor Madero.

«Los diputados que estuvieron en el lugar de la tragedia, se manifestaron complacidos, y uno de ellos felicitó al asesino.

«Y después de tres días, los cadáveres, ya casi en completa descomposición, fueron arrastrados sin respeto alguno, a los fosos destinados para sepultar a los soldados muertos durante los combates. (19)

En la madrugada del 19, el Encargado de Negocios del Japón estuvo en la Ciudadela a hacer una visita al cadáver del infeliz Gustavo, quien, dos meses antes de los acontecimientos referidos, había sido designado para dar las gracias al Gobierno de Tokio, en nombre de México, por la participación que había tomado en las fiestas del Centenario.

El asesinato de Gustavo Madero y de Bassó produjo en México una sensación de horror; el pueblo vió claro que se había inaugurado un régimen de fuerza, y con tardío arrepentimiento volvió los ojos a su ex-mandatario.

A las 10. a. m. del mismo 19, en virtud de una convocatoria que apareció en los periódicos, firmada por don Francisco Escudero, se reunieron varios diputados en la Cámara para estudiar la manera de resolver la grave situación presente.

Como fué muy reducido el número de diputados que concurrió, se acordó nombrar en comisión a los señores Moheno, Malo y Juvera y Luis C. Guzmán, para que manifestaran al general Huerta que era imposible reunir el quorum reglamentario; a lo que contestó dicho general que hicieran lo que pudieran, que estaba dispuesto a hacerse respetar, dando a entender que disolvería las Cámaras. (20).

(19) *Relato verídico de un testigo presencial*, por Federico de la Colina.

Respecto de la muerte de Bassó, he aquí otro relato, que nos parece muy ajustado a la verdad:

«El que fué intendente del Palacio Nacional y antiguamente activo agente de compañías cervenceras, fué fusilado por la circunstancia de que el domingo 9 del actual fué él quien disparó la ametralladora que causó la muerte al señor general don Bernardo Reyes.

«El señor Bassó fué internado a la Ciudadela por la misma puerta que el señor Madero, cerca de las tres de la mañana. Atravesó la fortaleza con su pelotón de ejecución, cruzó la puerta principal, y al llegar a la plazoleta, se desarrolló el diálogo siguiente:

—¿Qué van a hacer conmigo? ¿me van a fusilar?—Que conste—agregó—que muero como un hombre.—Luego pidió un favor.—Quiero ver el cielo—dijo.—No encuentro la Osa Mayor. ¡Ah! sí—agregó—ahí está resplandecientes.—Regaló algunas de sus cosas a los soldados, hizo algún encargo para su familia y dijo para terminar:—Tengo 62 años de edad. Que conste que muero como un hombre.—Y abriéndose el largo abrigo que llevaba y presentando el pecho, dijo: «Hagan fuegos». Una descarga resonó en el espacio, y el cuerpo cayó en tierras.

“*El Universal*” No. 16 de 21 de febrero de 1913.

(20) Carta del Lic. Pablo Salillas, diputado de la XXVla. Legislatura, al director de *El Sol*.

En la Junta que se celebró luego en el Salón Verde de la Cámara, Querido Moheno expuso que debía procederse a la mayor brevedad a verificar la elección de un Presidente Provisional, indicando para este cargo al general Huerta, quien de hecho ya lo ejercía. Esta proposición fué desechada por la mayoría de los diputados presentes, en vista de lo cual, Querido Moheno sugirió al Presidente de la Cámara la idea de que por medio de los ujieres citara a los diputados suplentes para la sesión que debía verificarse a las 4. p. m. del mismo día. Hizolo así el Presidente de la Cámara, y por este medio se consiguió un número considerable de suplentes, y no obstante que, conforme el reglamento, no podían entrar en funciones, y que ni aún sumando a los diputados propietarios completaban el quorum, la sesión se abrió a las 5 p. m.

Se trató primero de las persecuciones de que eran objeto varios diputados, entre otros los señores Sánchez Azcona y Urueta, cuyo paradero se ignoraba, y se acordó nombrar una comisión para que pidiese a los generales Díaz y Huerta que cesaran dichas persecuciones.

Luego, la Cámara se declaró en sesión permanente para tratar de la renuncia del Presidente y del Vicepresidente de la República.

A iniciativa de Olaguíbel, se nombra una comisión para que vaya a recabar las renunciaciones de los dos primeros magistrados.

El general Huerta promete solemnemente a los señores Madero y Pino Suárez que sus vidas serán respetadas, y que, inmediatamente que renuncien, se les conducirá a Veracruz, donde les espera el crucero «Cuba», que el gobierno cubano ha puesto a la disposición de los ex-gobernantes para que se trasladen con sus familias a la Habana.

En vista de las promesas del general Huerta, de la indiferencia del pueblo, que no parece preocuparse por su suerte, y de la presión que en sus ánimos ejercen sus familiares, los señores Madero y Pino Suárez consienten en renunciar, y lo hacen en esta forma:

*“C. C. Secretarios de la H. Cámara de Diputados:*

*En vista de los acontecimientos que se han desarrollado de ayer a acá en la Nación, y para mayor tranquilidad de ella, hacemos formal renuncia de nuestros cargos de Presidente y Vicepresidente, respectivamente, para el que fuimos elegidos. Protestamos lo necesario.*

*México, 19 de febrero de 1913.*

**FRANCISCO I. MADERO**

**JOSÉ M. PINO SUÁREZ**

Este documento fué presentado a la Cámara por el señor Lascuráin; mas en vista de las reticencias de Huerta, quien, ya con un pretexto, ya con otro, rehuía firmar la carta convenida en la que se obligaba al cumplimiento de las condiciones bajo las cuales se hicieron las renunciaciones, el Presidente Madero envió al Ministro de Justicia Vázquez Tagle, con orden de decirle al señor Lascuráin que no presentara dichas renunciaciones en tanto que el Vicepresidente y él no estuvieran a bordo del crucero «Cuba». Desgraciadamente, el señor Vázquez Tagle llegó cuando ya las renunciaciones habían sido tornadas a las Comisiones de Gobernación y Puntos Constitucionales. Regresó el señor Vázquez Tagle a la Intendencia e informó al señor Madero del mal éxito de su gestión. Entonces éste, visiblemente contrariado, envió nuevamente al señor Vázquez Tagle, a suplicarle al señor Lascuráin que no renunciara a su vez como Presidente interino mientras él no se hubiese embarcado en Veracruz, indicación que tampoco pudo ser atendida por estarse ya dictaminando acerca de la renuncia del señor Lascuráin.

Según se desprende de documentos posteriores a la dictadura de Huerta, los diputados no estaban dispuestos a aceptar las renunciaciones de los señores Madero y Pino Suárez, que no tenían ningún valor, por encontrarse ambos funcionarios prisioneros y bajo amenazas de muerte; mas hubieron de proceder en este sentido porque el Ministro de Comunicaciones, Gurza, el gobernador del Distrito, González Garza, y el diputado Jesús Aguilar, primo hermano del señor Madero, suplicaron a los renuentes, en nombre de la familia de este último y del señor Pino Suárez, que se aceptaran inmediatamente dichas renunciaciones, porque iban a salir luego del territorio nacional. «Agentes del general Huerta—dijeron mas tarde en un manifiesto los diputados renovadores—nos hicieron saber, además, que si la Cámara desechaba las renunciaciones mencionadas, los señores Presidente y Vicepresidente serían inmediatamente fusilados, amenaza que era de temerse fuera cumplida, cuando esa misma mañana había sido villanamente asesinado el señor diputado don Gustavo Madero. (21)

La Cámara deliberó bajo la presión de las bayonetas de las fuerzas que estaban en el recinto y en torno del edificio, y bajo la influencia del terror. El cadáver mutilado e insepulto de Gustavo, hablaba con elocuencia de lo que era capaz el nuevo Tiberio.

Las Comisiones de Gobernación y Puntos Constitucionales dictaminan favorablemente. Combate el dictamen el licenciado Escudero, quien dice en síntesis:

---

(21) Manifiesto de los diputados renovadores, de 17 de julio de 1914.

«Muy cara es la vida de un hombre; pero lo es más la de las instituciones. Aún cuando sepa que han de perecer los señores Presidente y Vicepresidente de la República y que yo mismo he de morir, no aceptaré esas renunciaciones, que han sido arrancadas por la violencia y cuando ya de hecho ambos funcionarios habían sido depuestos por los militares rebeldes. Que pongan en libertad al Presidente y al Vicepresidente, y que firmen sus renunciaciones delante de nosotros, y entonces podré pensar la conveniencia o inconveniencia de aceptarlas; pero mientras ellos permanezcan prisioneros, no seré yo quien tome en consideración esas renunciaciones. Por encima de los hombres están las instituciones, y aunque perezcan los señores Madero y Pino Suárez, no seré yo quien contribuya a arrancarles la sagrada investidura que el pueblo les dió en los comicios».

Este vibrante y patriótico discurso fué muy aplaudido; pero con excepción de los señores Escudero, Alarcón, Pérez, Rojas, Hurtado, Espinosa, Román, Morales y Alfredo Ortega, todos los demás diputados aprobaron el dictamen.

Admitidas las renunciaciones del Presidente y del Vicepresidente, el Ministro de Relaciones Exteriores, licenciado don Pedro Lascuráin, rindió su protesta como Presidente interino, y se declaró clausurado el Congreso. Eran las 10. 25 p. m. El nuevo Presidente salió del salón, y rodeado de militares, nombró Ministro de Gobernación al general Huerta, que estaba presente, y dictó luego el texto de su renuncia. Abrióse de nuevo la sesión y se leyó una nota del Subsecretario de Relaciones Exteriores, en que éste informaba a la Cámara que el Presidente interino había nombrado Ministro de Gobernación al general Huerta. Media hora después, el licenciado Lascuráin presentó su renuncia, la que, con dispensa de trámites, fué turnada a las mismas comisiones dictaminadoras. La renuncia del licenciado Lascuráin fué aceptada cuando notoriamente ya no había en el salón ni cien diputados. Se designó Presidente interino al Ministro de Gobernación general Victoriano Huerta, y a las 11. 20 p. m., se presentó dicho señor a rendir la protesta de ley.

El licenciado Pedro Lascuráin había sido Presidente de la República 56 minutos.

Los guardias del bosque de Chapultepec y un cuerpo de rurales, hicieron los honores de ordenanza al tercer Presidente que tuvo México el 19 de Febrero de 1913.

Huerta regresó a Palacio, y dió a conocer su Gabinete, el cual era el mismo que se había designado en el «Pacto de la Ciudadela»: Relaciones, licenciado Francisco L. de la Barra; Hacienda, licenciado Toribio Esquivel Obregón; Guerra, general Manuel Mondragón; Gobernación, ingeniero Alberto García

Granados; Fomento, ingeniero Alberto Robles Gil; Justicia, licenciado Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, licenciado Jorge Vera Estañol; y Comunicaciones, ingeniero David de la Fuente.

Una vez aceptadas las renunciaciones, esperábase que el Presidente y el Vicepresidente serían puestos en libertad; pero Huerta, quebrantando sus promesas de caballero, como había quebrantado su honor militar, dió orden de que los funcionarios dimitentes continuaran presos en la Intendencia y estrechamente vigilados, mientras se determinaba qué debía hacerse con ellos.

Así terminó la decena trágica, con la más horrenda usurpación que conocieron los siglos. La historia de México en este período puede compararse con la de Roma bajo los doce Césares. Para escribirla, se necesitaría la pluma de Suetonio, la sátira implacable de Juvenal o la paleta de ese sombrío sepultorero que se llama Tácito.





## Capítulo XV

### El asesinato

"Awake! Awake!

Ring the alarm—bell:—murder and treason!"

Macbeth, Act I, scene II.

El 19 de Febrero en la noche, mientras el Congreso discutía las renunciaciones de don Francisco I. Madero y del Licenciado don José María Pino Suárez, el general Huerta, de acuerdo con lo convenido, mandó disponer un tren especial que debía partir a las dos de la mañana rumbo a Veracruz, conduciendo a los prisioneros y a sus familias, acompañados de una fuerte escolta.

Don Francisco Madero sr., en cuyo rostro demacrado se advertían las huellas de atroces sufrimientos; pero que se sostenía con la fortaleza de un roble batido por el huracán, hizo todos los preparativos de viaje, y se dirigió con su señora, doña Mercedes González de Madero, sus hijas Angela y Mercedes, y su nuera doña Sara Pérez de Madero, a la estación del Ferrocarril Mexicano, donde estaba ya formado el convoy.

La familia Madero ocupó el carro «Esperanza», y la señora esposa del licenciado Pino Suárez, con sus siete hijitos, uno de los cuales no contaba más que dos meses, algunos miembros de su familia y el secretario particular del ex-Vicepresidente, señor Reguera, ocupó el carro «Apizaco».

Don Francisco Madero sr., agobiado por largas noches de insomnio, y con el corazón destrozado por la espantosa muerte de Gustavo, en aquel momento, al pensar que en breve su hijo querido, su primogénito, a quien amaba más que a su vida, iba

a escapar de las fauces sangrientas del militarismo traidor, era casi feliz. ¡Ah, al fin iban a tener término tantas miserias! Ya no más Presidencias, que cuestan sangre y lágrimas; se acabó eso de redimir pueblos, que quieren ser esclavos; otra vez a vivir tranquilos, en las haciendas, en las fábricas, en los negocios, lejos de la ingratitud y del crimen! ¡Con qué ansia los dos ancianos esperaban a su hijo para estrecharlo entre sus brazos!... Pero el tiempo pasaba y los prisioneros no venían. Sonaron las dos de la mañana, hora señalada para la partida, y la intranquilidad de ambas familias aumentó. Don Francisco iba y venía por el andén, paseándose con febril agitación y consultando continuamente el reloj. Al fin, se presentó el señor Lascaráin, triste y abatido, y les comunicó que, a última hora, y cuando los señores Madero y Pino Suárez esperaban con el sombrero y el sobre todo puestos, que les franquearan las puertas de la prisión, llegó contraorden del general Huerta, quien dispuso, a petición del Senado, cuyo nombre le servía para cubrir todas sus infamias, que los ex-funcionarios continuaran en la Intendencia, para ser más tarde trasladados a la Penitenciaría, pues les habían resultado graves responsabilidades en materia de Hacienda, de las que debían responder.

Al oír tan inesperada nueva, soplo de muerte heló los corazones, y el fantasma lívido de la tragedia cruzó ante los ojos despavoridos de todos.

Las familias de los presos abandonaron los carros, y regresaron a sus domicilios, que lo eran, de don Francisco, su señora y sus hijos, la casa de su yerno y cuñado, señor Zirión, en la que ondulaba la bandera de Guatemala, de doña Sara, el edificio de la Legación de Cuba, que el noble y generoso representante de la perla antillana, señor Márquez Sterling, había puesto a su disposición; y de la familia Pino Suárez, su propia residencia.

Sin pérdida de tiempo, don Francisco escribió este cablegrama, que firmó su señora doña Mercedes:

*«México, 20 de Febrero de 1913.*

*Mr. W. H. TAFT.*

WASHINGTON

«Grande y noble Presidente:

*Mi hijo, don Francisco I. Madero, que hasta ayer fué Presidente de México, se encuentra prisionero y su vida corre peligro, por amar a su pueblo y desear su felicidad. Una madre acongojada os pide por la vida de su hijo. Salvadle, señor, y seréis bendecido por ella y por la posteridad.*

*MERCEDES GONZALEZ DE MADERO"*

Este cablegrama para mayor seguridad, fué puesto en manos del Embajador Henry Lane Wilson, quien se ofreció a transmitirlo, fingiendo, con criminal hipocresía, un humanitario interés que estaba muy lejos de sentir.

Este cablegrama, que hubiera quizás salvado a Francisco I. Madero, no llegó a su destino!

He aquí la inmensa, la tremenda culpa de Lane Wilson, a quien la Historia severa, erigida en juez, condena a eterna mengua en sus inmutables juicios.

El Ministro de Cuba, Márquez Sterling, en cambio, hizo cuanto humanamente le fué posible para salvar al señor Madero, con quien lo ligaban lazos de amistad estrecha y cuyas nobles ideas compartía.

Márquez Sterling brindó su casa a la esposa del Presidente caído; solicitó de su Gobierno el crucero «Cuba» para trasladarlo a la Habana, y se constituyó en la prisión para evitar con su presencia que fuera asesinado.

La pieza de la Intendencia, donde estuvieron presos los señores Madero y Pino Suárez, es una sala de regulares dimensiones y cielo bajo, situada precisamente bajo los salones de la Presidencia, y a poca distancia del elevador. Esta pieza recibe aire y luz por una ventana enrejada que da a la calle de la Acequia. En la puerta que conduce a la antesala, un soldado del 29º batallón montaba la guardia. Los sofás fueron habilitados como camas, y comían en una pequeña pieza anexa al despacho del Intendente. Allí moraron hasta el día de su muerte, como Carlos I en White Hall y Luis XVI en el Temple, sin que los atendiera hasta el último instante un servidor adicto como Clery, que relatara luego en conmovedoras páginas la pasión y muerte de su señor. No cupo a los desventurados Gobernantes este consuelo, y por ello nadie ha podido referirnos sus pensamientos y acciones en aquellos días tremendos en que el puñal de Macbeth amagaba su existencia. (1) Sin embargo, algunos datos pudimos recoger, que darán idea de

(1) Escritas estas líneas, viene a nuestras manos el relato del señor M. Márquez Sterling, ex-Ministro de Cuba en México, quien acompañó un día a los señores Madero, Pino Suárez y Angeles en la Intendencia.

He aquí unos fragmentos de este conmovedor relato:

«El ambiente era «franco». Nada hacía preñentir la catástrofe. Echado en un sillón, el general Angeles, que no quiso incorporarse al golpe de Huerta, y le tenían por su lealtad encerrado, sonreía con tristeza. Es hombre de porte distinguido, alto, delgado, sereno, ojos grandes y expresivos, fisonomía inteligente, y finas maneras. Acababa de cambiarse la ropa de campaña por el traje de paisano. Era el único de todos los presentes que no se formaba castillos de naipes, en la esperanza ilusoria del viaje a Cuba. Una hora después nos declaraba en lenguaje militar, la sospecha de un terrible desenfuce.

—A don Pancho lo truenan...

Me quité la chaqueta, la corbata, el cuello, los tirantes...

—¡Vaya que es desarreglado este cubano!—exclamó Madero, recogiendo del sofá aque-

aquella larga y silenciosa agonía. Las únicas personas que pudieron ver a Madero y a Pino Suárez en la prisión, fueron el general Angeles, que compartió su cautiverio, el Ministro de Relaciones Lascuráin, el Ministro de Justicia Vásquez Tagle, don Ernesto Madero, el señor Márquez Sterling y la señora madre del Presidente, doña Mercedes González de Madero. Una noble y valerosa señorita, María Arias Bernal, que llevó su lealtad y adhesión hasta el extremo de exponerse a terribles persecuciones, nos refirió entonces que, habiendo entrado hasta el patio de honor, vió en la antesala de la intendencia o en la puerta de la misma, recostadas contra el muro y a la vista de los prisioneros varias coronas, y que, habiendo preguntado el Presidente para quién eran, le contestaron que «para Jiménez Riveroll e Izquierdo», afrentándole de este modo con el recuerdo de sus presuntas víctimas. Ese día, se celebró un banquete en Palacio, y se descorchó champagne en honor de los generales traidores. Huerta, ya borracho—nos refería la señorita Bernal—ordenó que se le llevara una fuente cargada de pasteles y frutas al Presidente preso, con este insultante recado: «De parte del señor Presidente Huerta al señor Madero». Don Francisco rechazó con indignación el obsequio; mas como se lo dejaron en la mesa, ni él ni el señor Pino Suárez tocaron esas viandas.

La escena entre el Presidente y su madre fué en extremo conmovedora. «¡Hijo—exclamó doña Mercedes abrazándolo como sólo una madre puede abrazar en esos momentos—si hubieras hecho lo que nosotros te decíamos; si hubieras dejado fusilar a Félix Díaz, no te verías ahora preso en manos de ese monstruo!» «Madre—contestó Madero con firmeza—si volviera de nuevo a presentármese ese caso, volvería a proceder como lo hice, aún cuando supiera que me había de costar la vida!»

Uno de los jefes del movimiento felicista, el joven Mendizábal, más apasionado que culpable, nos refirió que, habiendo él montado la guardia en la Intendencia la noche del 20 o del 21,

---

llas prendas y doblándolas prolijamente. Era un rasgo de su carácter el orden, la simetría, la regularidad. Y comenzó a desnudarse como en su alcoba del castillo de Chapultepec. Iba de un lado al otro acomodando las cosas y disponiendo los muebles que hacían de colgantes. De repente, soltó la carcajada: «Pero, Ministro querido, va usted a dormir con zapatos? Y me descalcé, disimulando el proyecto, adecuado a las circunstancias, de estar despierto. Frente a nuestra cama, a dos metros de distancia, improvisó Madero la suya, y se tendió en ella como Apolo, según Moratín, «en mullido catre de pluma.» Envuelto en la frazada blanca de Gustavo, como si el muerto lo apretara entre sus brazos, se incorporó en el «mullido catre de plumas», apartando, nerviosamente, aquella «funda»—«Ministro exclamó ahogado por la súbita emoción—yo quiero saber dónde está Gustavo...» Y en este instante, desde fuera, apagaron los guardias la luz, desbordándose en el recinto las tinieblas. La ventana del fondo, cerrada herméticamente, daba a una calle solitaria; y por los cristales del montante, entraron los pálidos reflejos de una lejana farola que iluminaba la bayoneta del centinela. Poco a poco, fueron aclarándose a nuestra vista los objetos como si renacieran de la borrasca; y observé que Madero dormía con sueño dulce, reposando en el alma de Gustavo.»

*MI gestión diplomática en México*, por M. Márquez Sterling, Ministro de Cuba en México.

observó que el señor Madero no dormía, y habiéndole preguntado la causa de su insomnio, contestó: «Es que temo que me asesinen dormido. Si han de hacerlo, les ruego que lo hagan cuando esté despierto». — Señor—le contestó Mendizábal—duerma usted tranquilo, que mientras yo esté aquí, usted no tendrá nada que temer». «Y el señor Madero—agregó Mendizábal—durmió esa noche como no había dormido desde el día de la aprehensión, con sueño tranquilo y profundo».

El señor Pino Suárez de cuando en cuando se lamentaba de verse en ese estado, y recordaba continuamente a su esposa y a sus hijos. Madero, sereno siempre, sostenía el ánimo de su compañero, y mostraba ese valor indomable que había sido la desesperación de sus enemigos. Cuando se trató de la renuncia, rechazó indignado la pluma que se le ofreció, manifestando que quería morir con la banda tricolor sobre el pecho; mas cedió cuando sus Ministros, el señor Pino Suárez y su misma madre, le rogaron que lo hiciera, pues si no renunciaba, el furor de Huerta no tendría límites y no sólo los asesinaría a ellos, sino a muchas personas más, pues así lo había ofrecido. Por otra parte,—le dijeron—usted ya ha cumplido con su deber, defendiendo su investidura hasta el último trance, y ha dado al pueblo que lo eligió tiempo suficiente para levantarse y libertarlo, y no lo ha hecho». «Si renuncio,—contestó Madero—Huerta me asesinará». «No,—le contestaron—no lo hará, porque al tiempo que las renunciaciones se presenten al Congreso, ya usted y el señor Pino Suárez estarán rumbo a Veracruz».

En estas condiciones se efectuó la renuncia, obligándose solemnemente el general Huerta a poner en libertad a sus prisioneros. Ya hemos visto cómo cumplió su promesa.

A las 4.30 p. m. del día 20, principiaron a desfilar hacia Palacio las fuerzas defensoras de la Ciudadela. Rompía la marcha un pelotón de alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, que llevaba banderas rojas con crespones negros en memoria de sus compañeros muertos; seguían Ministros y altos empleados del nuevo Gobierno en carruajes y automóviles, el primer Regimiento de Caballería, el 29º batallón, algunas fracciones de cuerpos rurales, parte de la gendarmería montada, algunos soldados de artillería de campaña y la banda de trompetas y tambores del cuerpo de voluntarios de Belén; y cerraba la marcha otro pelotón de aspirantes con banderas rojas y crespones negros. En medio de la columna iban los generales Díaz y Mondragón a caballo, con traje civil, y rodeados de los señores Tomás Braniff, Ignacio Muñoz, José Bonales Sandoval, Fidencio Hernández y Román Rodríguez Peña.

La columna recorrió las calles de Bucareli y las avenidas

Juárez y San Francisco, dobló por los portales de Mercaderes y de las Flores, pasó bajo el balcón central de Palacio y continuó por las calles del Relox y Donceles, para desorganizarse después

La avenida de San Francisco estaba toda engalanada con banderas, gallardetes y colgaduras de damasco, y los balcones se veían cuajados de damas y caballeros.

Al pasar Félix Díaz, sonaron aplausos estruendosos y una lluvia de flores y serpentinas se desprendió de los balcones. Las señoritas lo aclamaban y hacían ondular sus pañuelos de seda y de batista a guisa de banderolas, y así, entre incesantes vítores y aplausos, el «héroe por fuerza» llegó a Palacio.

Estas encumbradas damas e ilustres damiselas que no cabían en sí de gozo al contemplar al trágico petimetre de la Ciudadela en medio de la columna «victoriosa», eran las mismas que habían ido a Chapultepec a suplicar al Presidente Madero que lo perdonara, y ahora, en la ebriedad del triunfo alcanzado mediante la traición, no se acordaban del infeliz Gustavo, cuyo cadáver yacía aún insepulto, ni del desventurado Apóstol, que esperaba, en un departamento de Palacio, el fatal desenlace de su vida.

El brigadier Díaz y el general Mondragón, seguidos por los Ministros del nuevo Gobierno señores García Granado, Kobles Gil y Vera Estañol, recorrieron el Salón Rojo, la sala de espera de la Presidencia y el Salón Verde, y entraron al Salón Amarillo, donde los esperaba el general Huerta, acompañado de los Ministros de la Barra, Esquivel Obregón, y Reyes, y del Jefe de su Estado Mayor, general García Hidalgo.

Al adelantarse Félix Díaz, el usurpador le salió al encuentro, y ambos se abrazaron estrechamente ante el gran retrato del benemérito Juárez, que debió estremecerse de ira y querer saltar de su marco dorado al contemplar esta escena.

«Mi querido hermano—exclamó Huerta cuando los aplausos de los presentes hubieron cesado:—Dios quiera que no se vuelvan a repetir acontecimientos tan dolorosos! Yo espero de su gran corazón que nos unamos para hacer a nuestra Patria grande y poderosa como las primeras naciones del mundo.—Y concluyó ahuecando la voz, con un suave rugido de pantera humanizada:—«¡Que Dios nos saque con bien de esta obra patriótica!».

Félix Díaz, según es fama, al oír a Huerta se mostró muy conmovido y los ojos se le preñaron de lágrimas!

El estruendo de los clarines, trompetas y tambores, el rumor de miles de hombres en la anchurosa plaza, el rodar de los cañones y el trotar de los caballos, llegaron hasta los prisione-

«El País» decía en su editorial del 20 de febrero:

«El maderismo se ha derrumbado estrepitosa y trágicamente para jamás renacer. La opinión pública, que lo acogió ahora hace dos años con aplausos de simpatía, lo rechaza ahora con signos evidentes de reprobación porque los mejicanos comprendieron que una administración de ineptos, de advencizos, de radicales, de rebeldes, no domados aún, llevaba a la Patria a una ruina cierta. Y—lo hemos dicho ya—las sociedades no se suicidan. Por eso, cuando la legalidad es un obstáculo para su vida, se desconoce a la legalidad!»

Respecto de la suerte que debían correr los Madero y Pino Suárez, decía «El Independiente» del 21 de febrero en sección editorial:

«No creemos que por haber desaparecido la influencia de un hombre, de una familia y de una agrupación, ese hombre, esa familia y esa agrupación, deban quedar inmunizados dentro del respeto caballeresco al que está fuera de combate. Eso sería negar el principio social de las responsabilidades, que en política, como en historia, no debe tener atenuaciones».

El mismo periódico, en un suelto informativo:

«En fuentes oficiales pudimos inquirir que en el ánimo del Gobierno existe la idea de llevar al señor Madero al Gran Jurado para que la Cámara resuelva sobre su suerte.

«Ya nos ocupamos en hacer investigaciones para averiguar si hay el número de diputados con capacidad moral para decidir de la suerte del ex-Presidente y revestirse del carácter augusto de jueces en la causa política más grave que se ha presentado durante nuestra vida independiente».

«El Universal», en su editorial escrito el 22, antes del asesinato, y que vio la luz el 23:

«Ha sido tema incesante de las conversaciones de los últimos días, la suerte que está reservada a los señores Madero y Pino Suárez. En todos los corrillos se discute; en todos los círculos se comenta; en todas las imaginaciones se aventuran hipótesis sobre cuestión tan trascendental; y mientras la mayoría declara con firmeza, y hasta con encono, que debe procederse con gran energía—y ya sabemos la que con esto se quiere decir—y una minoría razonable quiere que se proceda tan sólo con justificación, todos convienen en que la libertad del señor Madero y del señor Pino Suárez traería para el país un serio peligro...

«Si los señores Madero y Pino Suárez quedan en libertad y lanzan el programa comunista, que no sería otra cosa que el plan de San Luis corregido y aumentado, la revuelta volverá a encenderse y las turbas desenfrenadas volverán a gritar en himno estridente el ¡Viva Madero! aquel con acompañamiento del ruido de latas vacías que ensordeció a los habitantes de esta capital en aquellas jornadas positivamente inolvidables.

«Afortunadamente, no existe contradicción entre las exigencias políticas y las exigencias de la justicia, pues ésta quiere que se depuren las responsabilidades oficiales en que haya incurrido el gobernante inepto que arruinó la Hacienda Pública, que estableció la horrenda Porra y que protegió a los Villa, los Zapata y los Hidalgo; que se defina quién fué el responsable del asesinato del general Ruiz, y de todos los procedimientos de terror empleados desde el día 9 hasta el día 19 del corriente, en esta capital. Y

que se defina, por último, cómo y por quién fueron muertos los señores Jiménez Riveroll e Izquierdo. Los culpables de estos atentados deben sufrir las consecuencias legales de sus actos, y la Justicia debe ser con ellos severa, fría e inflexible.»

Quedó, pues determinada en Consejo de Ministros la suerte de los señores Madero y Pino Suárez, sin que aún se sepa quiénes abogaron en pro o en contra de la tremenda resolución. Quizás ninguno alzó la voz en favor de los prisioneros<sup>2</sup> y se discutió únicamente la forma en que el crimen debía ejecutarse. Posiblemente Reyes, García Granados y algún otro opinaron por el juicio sumarísimo y el fusilamiento inmediato; tal vez de la Barra, limpiándose con su pañuelo de batista los espejuelos de oro o rizándose con sus aristocráticos dedos sus blancos y sedosos bigotes, propuso la forma cruel e hipócrita en que el asesinato al fin se consumó.

En la mañana del 23 de febrero, la ciudad se despertó con la tremenda noticia de la muerte de los señores Madero y Pino Suárez; el telégrafo, con sus innumerables hilos, la comunicó al resto de la República, y el cable con sus nerviosas vibraciones la transmitió a todo el mundo civilizado, despertando doquiera un sentimiento de horror y conmiseración. Pareció que un nuevo Macbeth salía, con el arma ensangrentada, de la cámara de Duncan, y que volvían los tiempos del veneno y del puñal. Sintióse en México algo de lo que debió de sentirse en Jerusalem el día de la crucifixión del Redentor, y las gentes mirábase en las calles como debieron de mirarse los hebreos al bañar el sol con su postrer lumbrarada el trágico monte de las tres cruces. Asombro, horror, conmiseración y remordimiento pintábase en todos los semblantes y en la imaginación de todos, la imagen del Mártir del Gólgota, grande y majestuosa, cruzó, orlada de luz, por el sendero ideal en que se proyecta la sombra de Judas pendiente del árbol fatídico.

En la Presidencia entregóse a los periodistas este informe, que contiene la versión oficial del suceso:

«El señor Presidente de la República ha reunido su Gabinete hoy a las doce y media de la noche, para darle cuenta de que los señores Madero y Pino Suárez, que se encontraban detenidos en Palacio, a la disposición de la Secretaría de Guerra, fueron conducidos a la Penitenciaría, según estaba acordado, cuyo establecimiento se había puesto bajo la dirección de un jefe del Ejército, esta misma tarde, para mayores y mutuas garantías, que al llegar los automóviles en que iban los prisioneros al tramo final del camino de la Penitenciaría, fueron atacados por un grupo armado y habiendo bajado la escolta para defenderse, al mismo tiempo que el grupo se aumentaba, pretendieron huir los prisioneros; que entonces tuvo lugar un tiroteo, del que resultaron heridos dos de los agresores y muerto otro de ellos, destrozados los autos y muertos también los dos prisioneros.



«El señor Presidente y su Gabinete resolvieron que al punto la autoridad judicial militar, a quien compete el conocimiento de atentados contra presos militares, como de hecho lo eran los señores Madero y Pino Suárez, practicara una estricta averiguación, con intervención directa del señor Procurador de Justicia Militar y que en este acto, el señor Ministro de Justicia pidió que, terminadas las averiguaciones previas y por tratarse de un caso tan excepcional, interviniera el Procurador General de la República.

«El gobierno deplora lo acontecido y precisamente deseando atender a las necesidades de salud pública, había encargado esta tarde al señor Ministro de Justicia, que presentara un proyecto el lunes próximo, para poder proceder directamente contra los detenidos, por diversas responsabilidades, al propio tiempo que verificaba esfuerzos para que los familiares del señor Madero ayudaran a facilitar la resolución de esta difícil y peligrosa situación.

«Lleno el gobierno del deseo de garantizar, al mismo tiempo que del de garantizar a los prisioneros, había nombrado esta tarde director de la Penitenciaría al coronel Luis Ballesteros, dándole severísimas instrucciones para cualquier evento.

«El gobierno asegura que la sociedad quedará satisfecha. Están ya detenidos los jefes de la escolta y recogidos todos los datos previos; así quedará bien aclarado este desgraciado evento, por lo demás muy explicable en las actuales dolorosas circunstancias.

«Para mayores detalles y hasta donde lo permita la reserva judicial, puede la prensa ocurrir a la Comandancia Militar.»

Acerca de este trágico suceso, no existen más que relatos fragmentarios de testigos recusables a causa de su filiación huertista; mas, uniendo los retazos se pueden reconstituir algún tanto los hechos.

Un oficial, que presenció la salida de los señores Madero y Pino Suárez de la pieza de la Intendencia, hizo esta relación a un cronista de «El Universal»:

«Un grupo de soldados del 29.º batallón, al mando de un capitán penetró en la pieza pocos minutos antes de las diez, con el objeto de registrarlos y escoltarlos hasta los autocómiles en que debían ser trasladados.

«Ya descansaban los señores Madero y Pino Suárez acostados en sus lechos. El señor Pino Suárez estaba profundamente dormido, y el oficial tuvo que tocarle en el hombro para que se despertara.

— «¿A dónde vamos?—fué la pregunta que ambos dirigieron a los soldados.

— «No sabemos—contestó el oficial.—Mi único encargo es registrar a ustedes para ver que no tengan armas.

«Como los prisioneros se encontraban en paños menores, no fué necesario hacer el registro de sus personas, y sólo sus ropas fueron cuidadosamente examinadas.

«Se les indicó que se vistieran, cosa que les causó extrañe-

za, la cual se disipó cuando se les comunicó que se les trasladaba a la Penitenciaría.

—«Nos hubieran avisado antes—dijo el señor Madero— para no acostarnos». Y sin pronunciar otras palabras se comenzó a vestir.

«Terminado esto, con la escolta del 29<sup>o</sup> fueron llevados hasta la puerta de honor del Palacio, en donde esperaban los autos.»

«El señor Madero—escribía el cronista de «El Diario»,—al salir de Palacio portaba traje de jaquet, y se abrigaba, como el señor Pino Suárez, con un amplio paletot. El calzado que llevaban era negro y los sombreros, bombines.

«Al subir a los automóviles, la actitud del señor Madero era un tanto altiva, pareciendo algo más que serenidad su estado de ánimo. En su rostro no se descubría ni palidez ni abatimiento.

«El señor Pino Suárez estaba más preocupado, como si algo presintiera».

El mayor de rurales, Francisco Cárdenas, jefe de la escolta, subió al automóvil en que estaba el señor Madero, que era un hermoso vehículo de capacete blanco. Los otros dos oficiales del 7<sup>o</sup> cuerpo rural, subieron al «Protos» en que estaba el señor Pino Suárez, sentándose a ambos lados del prisionero.

Así salieron de Palacio, acompañados por quince o veinte rurales a caballo.

Los automóviles, a una velocidad moderada, pasaron por las calles inmediatas a Palacio, rumbo al oriente, se internaron en las calles de Lacumberrí, que desembocan en las del Relox, y siguieron por las obscuras callejuelas desde donde se descubren las luces de las torres de la Penitenciaría.

Allí, donde termina el caserío y la vista domina la llanura en cuyo fondo se destaca la masa imponente de la Penitenciaría, tuvo lugar, a las 11 p. m., el horrendo asesinato, cuyos detalles quedaron envueltos en la oscuridad de la noche. Detuviéronse los automóviles, y los guardias de la prisión, que estaban en los muros, vieron unos fogonazos que rasgaban las tinieblas y escucharon varias detonaciones.

Poco rato después, la escolta se detenía delante de la puerta de la prisión, conduciendo los cadáveres de los señores Madero y Pino Suárez....

El general Huerta, informado del suceso, convocó inmediatamente a sus Ministros y permaneció con ellos en consejo casi toda la noche.

Por disposición de la Comandancia Militar, los médicos Mancera y Villanueva procedieron a hacer la autopsia.

Mientras tanto, la nueva se había esparcido rápidamente por la capital, y poco después del suceso, una multitud de curiosos contemplaba, a la luz de las estrellas, el lugar de la tragedia.

Al romper el alba, una enorme muchedumbre, en la que predominaba la gente del pueblo, llenaba los contornos de la Penitenciaría, ávida de obtener detalles del sangriento suceso. En un lugar cercano a la prisión, los espectadores contemplaban, mudos y atentos, una cruz de piedra formada por la piedad popular, en torno de la cual ardían cuatro cirios, colocados allí por manos compasivas, y que permanecían encendidos a pesar del fuerte viento que sopiaba. Dos de ellos estaban dedicados al señor Madero y los otros dos al señor Pino Suárez.

A las siete de la mañana, cuatro damas vestidas de luto y con la cabeza cubierta por negros crespones, se presentaron a las puertas de la Penitenciaría, acompañadas por un caballero. Eran la madre, la esposa y las hermanas del Presidente mártir, a quienes acompañaba don Julio Madero. Así en la leyenda sacra, la madre del Redentor siguió sus huellas en la vía dolorosa. El oficial de guardia informó a la familia doliente que tenía orden de no permitir la entrada a nadie. Entonces Angela Madero apostrofó con indignación a los militares allí presentes, enrostrándoles su traición y cobardía, a lo que ellos, temblando de coraje, le manifestaron que bien podía insultarlos, porque era una dama, replicándoles la señorita Madero que quienes habían faltado a su honor como militares, no merecían sino el desprecio de los hombres honrados. Al fin, después de varias gestiones, la familia Madero logró entrar en la Penitenciaría, mas, como en ese momento los doctores estaban procediendo a la autopsia y al embalsamamiento, no se le permitió ver el cadáver.

Las ropas de los señores Madero y Pino Suárez, que fueron guardadas en la Penitenciaría y puestas a la disposición del juez que debía instruir la sumaria, por un olvido de los traidores no fué destruida, y así permaneció en un armario durante todo el régimen de Huerta y cuando el ejército constitucionalista entró en la capital, esas ropas manchadas de sangre y de lodo, sirvieron para reconstituir en parte la tragedia. El señor Madero recibió una sola herida en la espalda, como lo demostraba la larga mancha roja que se desprendía del cuello de la camisa y manchaba la capa escocesa que llevaba puesta el día del asesinato. Este debió cometerse en los mismos automóviles, como lo demuestra el hecho de que el señor Madero estuviera embozado en la capa, la que se hubiera desprendido de sus hombros si él hubiera intentado huir. El señor Pino Suárez

recibió tres balazos, uno de los cuales le penetró entre el pómulo derecho y la nariz, desfigurándole el rostro. Luego, los cadáveres fueron sacados de los automóviles y arrastrados con salvaje saña, lo que indicaban, sin duda alguna, las largas manchas de barro que se advertían en los pantalones.

A las diez y cuarto de la mañana del 24 de febrero, las puertas de la Penitenciaría se abrieron para dar paso al ataúd que encerraba los restos del licenciado Pino Suárez, el que iba en hombros de cuatro empleados de la funeraria Gayosso y fué colocado en una sencilla carroza. A su paso, varios amigos le arrojaron flores, y fué depositado provisionalmente en el Panteón Español, mientras se gestionaba el permiso correspondiente para trasladar los restos a Mérida de Yucatán.

A las once de la mañana, las puertas de la prisión se volvían a abrir para dar paso al ataúd que contenía los restos del señor Madero. Una inmensa multitud presenciaba el acto, y muchas personas se precipitaron para ver el ataúd, que estaba cubierto de coronas, dificultando la marcha de la carroza. (2)

A la una de la tarde, fueron inhumados en el Panteón Francés los restos de don Francisco I. Madero. El entierro se hizo rápidamente, por orden de Huerta. No se avisó la hora ni se invitó a nadie. No hubo ceremonias ni discursos oficiales. Tampoco se dispensaron al cadáver honores militares. Los sepultureros abrieron un hoyo, al lado de la tumba de Gustavo Madero, y depositaron allí el ataúd. Luego le arrojaron tierra, y encima colocaron las coronas. La multitud se dispersó en las puertas del cementerio, y un piquete de gendarmes montó la guardia en torno del mismo.

Durante varios meses, el cementerio se convirtió en lugar de peregrinación. Un cúmulo de coronas y ramos de flores que crecía continuamente, marcaba el sitio donde yacían los restos del Apóstol. Las rosas más bellas de los jardines, las violetas más aromáticas, los claveles más perfumados, eran para él. Entre las flores se colocaban leyendas terribles. «Sólo te faltaba morir así. ¡Fué tu apoteosis!»—decían las largas cintas de una gran corona. «¡Dios tenga piedad de tus verdugos!»—rezaba una tarjeta. «Al mártir de la democracia», se leía al pie de un gran ramo. Ninguna mano aristocrática arrojó una flor o depositó un pensamiento sobre aquella tumba. Fueron los humildes, los desheredados, los parias que él quiso redimir, los que lo acompañaron a la última morada terrenal, ofrendándole las flores de los jardines, mevas puras y fragantes que las de su gratitud y cariño.

(2) Así se cumplió la solemne promesa de Madero, quien dijo un día a los periodistas que le preguntaron si, en vista de la revuelta vaxquista, renunciaría: «Yo sólo saldré de la Presidencia en carro fúnebre»

El muerto principió a ser motivo de zozobra para los vivos. Aquella peregrinación no terminaba. Era necesario concluir con aquel Jaggrenat. Se duplicaron las guardias y se hicieron correr fantásticos relatos acerca de tenebrosas reuniones de conjurados en aquel cementerio. Como la afluencia de gentes no cesara, se dijo por la prensa que el cadáver ya no se encontraba allí, pues había sido trasladado a San Pedro de las Colonias. Esta vez, la romería cesó. Huerta creyó haber vencido al muerto; mas el 23 de marzo, la tumba amaneció enflorada, y desde entonces, ningún 23 faltaron flores sobre la sepultura del Apóstol. El nuevo Maxtla que por temor a la sombra de su noble víctima no se había atrevido a morar en el alcázar de Chapultepec y había hecho su residencia en Popotla, comprendió al fin que era inútil luchar con el muerto, y retiró la guardia.

.....

Así terminó sus días uno de los hombres más grandes que ha tenido la República Mexicana, y uno de los filósofos de sentimientos más nobles y de ideas más elevadas que ha visto la humanidad.

Nació Francisco Ignacio Madero, el 30 de Octubre de 1873 en la hacienda del Rosario de Parras de Coahuila, y desde muy niño dió muestras de su espíritu inquieto y batallador en pro de excelsos ideales, que más tarde había de conmover y alterar profundamente la sociedad de su país. Se educó en los Estados Unidos y en Europa, donde vivió varios años, y hablaba con bastante facilidad inglés y francés. Era un inteligencia muy despierta y cultivada, y en ciencias filosóficas y morales había hecho notables progresos, sin que por eso dejara de ser uno de los cerebros más aptos para las finanzas.

Era moreno y de pequeña estatura. «Breve de cuerpo; pero grande de alma», como dijo Sánchez Azcona el 5 de mayo de 1911 en una pequeña eminencia ante el río Bravo. No era defome, como algunos hacían creer, sino «chaparro», en la acepción que esta palabra tiene en México. Su fisonomía era muy simpática, aunque sus facciones no eran nada bellas. Tenía las cejas muy pobladas y juntas, el cabello de la cabeza, ralo; el bigote y la barba muy espesos, formando una sola mancha negra terminada en punta, la nariz un poco deprimida hacia el caballete, los ojos negros, grandes, hermosos y dulces, y las manos pequeñas, fuertes, ásperas y vellosas. Era de complexión robusta, y hubiera vivido muchos años. Hacía a caballo inverosímiles jornadas, y era un consumado jinete. Tenía un movimiento peculiar en el hombro izquierdo, muy semejante al que se produce cuando se toca en ese sitio con una varita eléctrica. Vestía con

sencillez y corrección, generalmente de *jaquet*, y era muy metódico. Comía con frugalidad y era vegetariano, por filosofía y por higiene. Tenía algunos conocimientos de medicina homeopáticas, y en San Pedro de las Colonias curaba a sus trabajadores, parece que con muy buen éxito. En sus haciendas y en las de su familia, que él administraba, fundó escuelas y algún hospital. Amaba la filosofía como Budha, y si no hubiera sido un Marco Aurelio, hubiera sido un Sócrates.

De elevada alcurnia e inmensamente rico, como el príncipe Gautama, en vez de entregarse a la fastuosidad y a la molicie, se dedicó al estudio, y luego, considerando que el verdadero creyente no debía limitarse a la práctica de la virtud, sino que debía preocuparse por el progreso de los demás, dióse a la propaganda de elevadas doctrinas, y luego, descendiendo a la candente arena de las luchas políticas, arrastró a las masas sedientas de libertad, hipnotizadas por su palabra, contra los negros baluartes del despotismo, renovando la epopeya del cura Hidalgo, y así este hombre que pudo gozar de una vida de esplendidez y regalo en palacios primorosos, sufrió hambre y sed en las montañas de Chihuahua, anduvo vestido de andrajos como un peón, y durmió más de una vez teniendo, como el buen Jesús, una piedra por almohada, y por techo, la bóveda del cielo cuajada de luceros. (3)

Aparte de «La Sucesión Presidencial», escribió varias obras, las que publicó bajo pseudónimo a causa de su posición política. La muerte lo sorprendió cuando escribía sus «Comentarios al Baghabad Gita», grandioso poema oriental que el autor de estas líneas publicaba en una revista filosófica. Anhelaba redimir a los humildes, y su generoso intento le costó la vida. Idealista y magnánimo, soñaba con la reconstrucción de Centro América, «para que México tuviera una fuerte aliada en el Sur, y

---

(3) «El verdadero creyente—decía en la obrita que publicó bajo el pseudónimo de Bhima—debe tener miras amplias, debe identificarse con las aspiraciones del pueblo en donde vive, y debe tomar participación importante en las luchas que tengan por objeto mejorar la situación de la colectividad, porque el progreso aislado de la individualidad no existe, puesto que precisamente el grado de elevación de cada ser se mide por el radio de su acción benéfica.

«Es indudable que, si todos los hombres de bien hicieran a un lado su egoísmo y se mezclaran en los asuntos públicos, los pueblos estarían gobernados sabiamente, y serían los hombres de más méritos y virtud los que ocuparían los puestos más elevados; y es natural que hombres así harían el bien y acelerarían la evolución de la humanidad, no sucediendo lo mismo con los hombres malvados, que con tanta frecuencia ocupan dichos puestos, porque, además de no gobernar sino en vista de sus propios y mezquinos intereses, dan un ejemplo pernicioso a las masas, que sólo ven recompensado el éxito obtenido aún a costa del crimen, y ello significa un estímulo para las malas tendencias a la vez que un gran obstáculo para la virtud, porque en tales condiciones el hombre bueno y virtuoso es víctima de toda clase de persecuciones, mientras el malvado, que se amolda a la situación, es recompensado».

«Siempre debemos estar dispuestos a sacrificarnos en aras del bien común, imitando en esto el ejemplo de Jesús y de tantos mártires y héroes que han derramado su sangre por la humanidad».

no cinco pequeñas naciones que se desgarraban entre sí y constituían un peligro para la paz del continente», y con una especie de «entente» o «zollverein» de las Repúblicas hispanas, «para poner freno a la inquietante expansión de los Estados Unidos». Gastó su fortuna en la revolución, y en la hora del triunfo no reclamó nada para sí. El día de su muerte, llevaba en su bolsillo mil y pico de pesos que constituían la última decena de su sueldo, y un cheque por cinco mil pesos, que le había enviado su padre para el viaje. El dinero, el reloj y otras prendas, se las repartieron los verdugos como hicieron los soldados romanos con la túnica del Cristo. Jamás firmó una sentencia de muerte, y siendo uno de los hombres más valerosos, también era el más compasivo. Esperaba con ansia el día en que, cumplido su mandato, entregara el Poder a su sucesor, legítimamente electo en los comicios. Perdonó a sus enemigos, y cayó al fin víctima de su grandeza de alma. «Presidente digno de Suiza—decía don Francisco Bulnes, refiriéndose a él; — pero demasiado bueno para México». Sus mismos enemigos reconocían la bondad de su corazón y la firmeza de sus convicciones, y si en vida lo combatieron, al pasar su cadáver, descubrieronse con respeto. Nadie se atrevió a lanzarle un denuesto y la calumnia y la envidia enmudecieron por primera vez, agobiadas por negro remordimientos. Tenía treinta y nueve años cuando fué asesinado. Ni Hidalgo, ni Juárez ni Morelos, fueron tan grandes como él, y el día en que México recobre la paz con la legalidad y el sol de la democracia bañe con su lumbré pura la columna de la Independencia, la estatua del patricio se alzaré majestuosa en el Paseo de la Reforma, cerca de la de Colón y la de Cuauhtémoc.

El paso de los grandes espíritus por la tierra se señala siempre con cataclismos y conflagraciones. Los baluartes del error y de la mentira se derrumban, las sociedades se conmueven en sus cimientos y el océano popular se encrespa y ruge, en tanto que el Sinaí y el Gólgota se coronan de relámpagos y rayos.

Madero, predestinado para réformar una sociedad, donde el despotismo y la injusticia habían echado hondas raíces, pasó por el cielo de México con la brillante claridad de un meteoro, y su noble espíritu, incapaz de contenerse en la arcilla humana, desapareció como el de Numa, envuelto en la tempestad que había suscitado.

una pieza de artillería demandando la prisión de los veintidós girondinos:

«Hora es ya de que digamos a la nación mexicana, al mundo entero que nos contempla en este momento solemne de nuestra historia, quién fué el asesino del Presidente Madero y del Vicepresidente Pino Suárez! Yo bien sé que a las puertas de esta Cámara me esperan los sicarios para hundirme sus puñales; pero yo tengo en más los dictados de mi conciencia que mi propia vida! Señores: acuso al general Victoriano Huerta de los delitos de asesinato y usurpación!»

Al oír estas tremendas palabras, silencio de muerte reinó en la Cámara, que no rasgó un aplauso para aplaudir ni una exclamación para desaprobar.

Al terminar la sesión, el senador Domínguez se envolvió en su sobretodo, y salió... Nadie volvió a saber de él. Posiblemente fué asesinado en las afueras de Tlalpan.

Ante estos actos de noble sacrificio, el Congreso salió de su actitud tímida y expectante, y se enfrentó al usurpador con entereza. Entonces Huerta disolvió la Cámara, y encerró en la Penitenciaría a más de cien diputados renovadores. Allí, estos ilustres girondinos esperaban la muerte día por día y hora por hora y entretenían con frecuencia sus ocios forzados jugando a los toros en uno de los patios y recitando poesías y discursos dignos de Chénier y de Vergniaud.

Huerta convocó a «elecciones» de diputados y senadores, y Querido Moheno, como otro compadre Manipodio, dirigió la farsa. Superfluo nos parece añadir que salieron electos todos los candidatos de la papeleta gobiernista.

Las milicias sonorenses, en tanto, estrechaban el cerco de Guaymas, sobre cuya rada evolucionaba un aeroplano rebelde, señalando las posiciones federales.

Dueño ya de todo el Estado de Chihuahua, Villa avanzó sobre Torreón como una tromba. Matamoros, Viesca, Mapimí, Bermejillo, Sacramento y Tlahualilo, cayeron en su poder; Gómez Palacios y Lerdo, cañoneadas por Felipe Angeles, quedaron reducidas a un montón de humeantes escombros, y el 2 de abril, aniversario de la victoria del general Díaz sobre los franceses, onduló en las fortificaciones de Torreón la bandera de la legalidad.

El ejército constitucionalista compró muy cara la victoria, y el general Refugio Velasco, que logró romper el cerco, mereció el homenaje de sus mismos enemigos.

Villa, cubierto de polvo y de sudor, y con una *mascada* (1)

---

(1) Pañuelo grande de seda.



roja en el cuello, en el último ataque se lanzó entre las filas de combatientes, jurando, maldiciendo e invocando a todos los santos. Arrancaba los rifles de manos de los soldados, y les enseñaba el mecanismo del arma, y cuando algunos retrocedían ante el cierto fuego de los federales, los increpaba, recordándoles al mártir Madero y al bandido Huerta.

«¡Viva Madero! ¡Viva Villa! ¡Viva la Constitución!» — gritaban los más tímidos, envalentonados por el valor de su jefe.

En las primeras filas, peleó Raúl Madero, en cuya valiente mano flameaba la espada del ángel de las venganzas.

La toma de Torreón fué un golpe de muerte para la dictadura de Huerta, quien en vano trató de disimular la derrota.

Pablo González, en tanto, estrechaba el cerco de Tampico, que defendía con bravura el general Zaragoza. En lo más encarnizado del ataque, se inflamaron los pozos de petróleo, y las lenguas de fuego corrieron por la superficie del río Pánuco, iluminando con siniestros reflejos a los combatientes.

Fué entonces que se suscitó el famoso incidente de Tampico, que provocó a la postre la intervención de los Estados Unidos.

A raíz del asesinato de los señores Madero y Pino Suárez, entró a regir los destinos del pueblo americano Mr. Woodrow Wilson, candidato del partido demócrata.

Wilson no reconoció a Huerta, y convencido de la complicidad del Embajador de los Estados Unidos en México, lo retiró del servicio, y envió en cambio, como agente confidencial ante el Gobierno del usurpador, a Mr. Nelson O'Shaughnessy.

Huerta trató, por cuantos medios le sugirió la diplomacia, de obtener el reconocimiento de los Estados Unidos; mas cuando se convenció de que eran vanos sus esfuerzos, volvió los ojos al Japón, y aún pidió instructores militares a este país, los que, a su arribo a la capital, fueron aclamados por las multitudes.

Inglaterra, que acababa de sufrir un desaire de los Estados Unidos con el reconocimiento de la República china, se apresuró a su vez a reconocer al gobierno del general Huerta, y le prestó todo género de facilidades para la negociación de un empréstito de cien millones de pesos.

Huerta, aconsejado por políticos hábiles y poco escrupulosos, provocó una controversia con la casa Blanca, sobre el tema del reconocimiento, en la que brilló la artera diplomacia de su Ministro de Relaciones Exteriores.

Entonces, Huerta se presenta como defensor de la dignidad y de la autonomía de la nación. «El gobierno americano — grita al pueblo — quiere que yo me separe de la Presidencia! Los Estados Unidos están fomentando la revuelta. Carranza paga a

sus tropas con el oro de la Casa Blanca. En los combates de Torreón se recogieron muchos cadáveres de soldados americanos, que peleaban en las filas de los rebeldes...»

El pueblo de la capital, impresionable y voluble, que lo mismo aclama a Madero que victorea a Huerta, tributa al tirano una manifestación grandiosa. Huerta contempla, desde el balcón central del Palacio el desfile popular, y sonríe satisfecho.

Pero Wilson, que comprende a Huerta, se vuelve de espaldas con indiferencia, sin dejar de mirarlo al soslayo. «El maestro de escuela, el dómine de la Casa Blanca—dicen los periódicos huertistas—principia a comprender que no es lo mismo regir una Universidad que gobernar una nación.»

Los rebeldes atacan a Tampico, y Wilson, para proteger las vidas e intereses americanos, amenazados por los contendientes, envía a este puerto al Almirante Mayo con varias divisiones de la escuadra del Atlántico.

El 9 de abril, unos marineros del «Dolphin», que vestían uniforme, llegaron en una lancha hasta un almacén situado cerca del puente «Iturbide», para adquirir gasolina, según dijeron después. El coronel Hinojosa, encargado de la defensa de este puente contra los revolucionarios, mandó llevar entre filas a los marineros a su presencia, y los detuvo prisioneros. El Cónsul de los Estados Unidos puso este hecho en conocimiento del general Morelos Zaragoza, quien ordenó que los marineros fueran puestos en libertad, y que, en cambio, el coronel Hinojosa guardara arresto en el cuartel de Artillería.

El Almirante Mayo, por medio de un ayudante, dirigió esa misma tarde al General Jefe de las armas una nota con cinco peticiones que constituía prácticamente un ultimatum, así: satisfacción por una comisión de miembros del Estado Mayor; que la bandera de los Estados Unidos de América se icese en un lugar público y elevado; que se disparesen 21 cañonazos de saludo; y que se castigue severamente al coronel Hinojosa, para todo lo cual se fijaba un término de 24 horas.

El general Morelos Zaragoza comunicó por telégrafo al general Huerta la demanda del almirante Mayo, y reunido el Gabinete, acordó responder que el Gobierno no tendría inconveniente en saludar la bandera americana en la forma indicada, siempre que los barcos de guerra de los Estados Unidos saludaran simultáneamente, con igual número de cañonazos, a la bandera mexicana.

Esta contestación no satisfizo al gobierno de la Casa Blanca, que insistió en que la bandera americana fuese saludada primero, prometiendo que la de México sería saludada lue-

go por los buques del almirante Mayo (2). El general Huerta accedió; mas para que constara solemnemente el arreglo estipulado, propuso al Encargado de Negocios de los Estados Unidos que se firmara el protocolo respectivo. El Presidente Wilson, entonces, dió instrucciones a Mr. O'Shaughnessy, en sentido de que se rehusase a firmar dicho protocolo, «porque ello constituiría el reconocimiento del Gobierno de facto del general Huerta».

En vista de la actitud de los Estados Unidos, Huerta se negó a acceder en absoluto a las pretensiones del Almirante Mayo, y el 21 de abril la flota americana del almirante Fletcher se presentó ante Veracruz.

En ese momento llegaba el «Ipiranga» con un armamento para el gobierno de Huerta. Fletcher se apoderó de dicho armamento, y dispuso que cinco mil marinos ocuparan la plaza.

El general mexicano Gustavo Maass, que mandaba la guarnición de Veracruz, no opuso ninguna resistencia y se retiró con sus fuerzas a Soledad. El pueblo, en cambio, al ver desembarcar a los marinos, ardiendo en ira patriótica, emprendió la lucha. De las torres de la Iglesia y de las azoteas y ventanas de las casas, partía una granizada de balas. Los alumnos de la Escuela Naval, repitiendo la hazaña de los niños héroes de Chapultepec, se opusieron al avance de los invasores, los que tuvieron que retroceder hacia los malecones.

El almirante Fletcher dispuso entonces que los cañones de grueso calibre de la escuadra bombardearan la Escuela Naval, y sólo después de que ésta quedó en ruinas, la desalojaron los intrépidos alumnos, que se reunieron a las fuerzas del general Maass. Nuevamente avanzaron los marinos hacia el centro de la

(2) «El giro que se dió al incidente de Tampico, durante mi ausencia, pues por tres días (30 de abril próximo pasado) me encontraba en Chapala, no fué de mi aprobación, en virtud de que creí prudente que fuese saludada la bandera americana, confiando en el expreso compromiso del almirante Mayo, ratificado por Bryan en mensajes dirigidos al Encargado de negocios de los Estados Unidos, de que se cumpliría por parte de dicho almirante la oferta de saludar nuestra bandera después de saludar la de las barras y las estrellas. Preví desde entonces que, de no accederse, sería invadido nuestro territorio por el extranjero, y así lo expresé al ex-presidente Huerta, quien jamás admitió esa posibilidad.»

«La insistencia en sostener mis convicciones, que tendía a evitar la humillación que actualmente sufre nuestra República, fué molesta y desagradable a dicho señor, quien más de una vez tuvo para mí respuestas terminantes y duras. Entonces debí haberme separado del puesto que desempeñaba; pero no lo hice, porque juzgué de mi deber prestar mis pequeños servicios a la patria y no ceder a los arrebatos de mi amor propio, en circunstancias tan críticas. Después de repetidas instancias, logré obtener del expresidente lo que deseaba; pero bajo la condición de firmarse para ello un protocolo. Como el señor O'Shaughnessy fué buen amigo de México y estaba interesado en que no se reanularan las hostilidades entre este país y los Estados Unidos llegó a ofrecermé suscribir dicho documento lo que me hizo abrigar confianza de que el incidente fuese resuelto de manera amistosa. Por desgracia, el Encargado de Negocios de la República vecina no tuvo ánimo para cumplir lo ofrecido, y habiendo remitido por cable a Washington el texto íntegro del proyecto por mí redactado, recibí de su Gobierno una respuesta negativa, la cual, sabida por el general Huerta, indujo a éste a adoptar la determinación de no acceder en forma alguna a la reclamación del almirante Mayo.» (Declaraciones del Lic. J. López Portillo y Rojas, Ministro de Relaciones Exteriores de Huerta, a un redactor de «El Sol».)

ciudad, y no fué sino hasta el segundo día que tras reñido combate, lograron apoderarse del Zócalo y de la iglesia. En la ocupación de Veracruz perecieron catorce marinos y fueron heridos un centenar. Por parte del pueblo, hubo más de cincuenta muertos.

La noticia de la toma de Veracruz llegó inmediatamente a la capital, provocando un desbordamiento popular. La bandera de las barras y las estrellas fué arrastrada por las calles, y la hermosa estatua de Wáshington, que la colonia americana regaló a México en la época del Centenario, fué arrancada de su base, y en su lugar el populacho colocó un busto del libertador Hidalgo. Todos los establecimientos americanos fueron apedreados, y doquiera se escuchaban voces clamando guerra.

Una enorme manifestación desfiló por las calles principales, y al escuadrarse la figura del general Huerta en el balcón central de Palacio, estalló una tempestad de aplausos.

El viejo divisionario sonreía satisfecho. Había logrado su antipatriótico objeto; México y los Estados Unidos estaban en guerra; los rebeldes se sumarian a las fuerzas leales, y su gobierno se consolidaría.

Inmediatamente ordenó a su Ministro en Wáshington que regresara a México, y le entregó sus papeles al Encargado de Negocios O' Shaughnessy, quien salió de la capital el 28 de abril, acompañado por el Jefe del Estado Mayor Presidencial.

Comisiones salieron para entrevistar a Zapata y a otros jefes rebeldes, e invitarles, en nombre de la suprema necesidad de salvar a la nación, a unirse a las fuerzas del Gobierno para combatir al enemigo común.

Para facilitar esta gestión, Huerta lanzó un decreto de general amnistía, y prometió reconocer los grados de los jefes revolucionarios que con sus fuerzas contribuyeran a arrojar al invasor de México.

El general Joaquín Maass, jefe de la división del Bravo, dirigió una comunicación a Francisco Villa, informándolo de la invasión americana, e invitándolo a cooperar a la defensa nacional.

Villa contestó al general Maass, manifestándole que estaba al tanto de las «maquinaciones diabólicas» del huertismo; que sabía positivamente que los «científicos» habían procurado atraer sobre México la intervención de los Estados Unidos para salvar al Gobierno de Huerta de su irremediable caída, y que, si la guerra contra aquella nación estallaba, los constitucionalistas lucharían «contra los poderosos extranjeros y los depravados compatriotas».

Carranza, por medio de su agente diplomático, pidió expli-

caciones a la Casa Blanca de este incidente, y como se le informara que los Estados Unidos no tenían el propósito de avanzar, ordenó que se reanclaran las hostilidades contra las tropas huertistas en toda la República.

En tanto, la República Argentina, Chile y Brazil, intervinieron para evitar la guerra entre México y los Estados Unidos. El Gobierno de Washington, aceptó esta amistosa intervención, y con asistencia de los delegados mexicanos Rabasa, Rodríguez, y Elguero, se inauguraron las conferencias de paz en Niágara Falls. A estas conferencias fué invitado también Carranza; pero sus delegados únicamente asistieron, sin tomar parte en los debates.

La intervención del A. B. C., aunque platónica, marcó el principio de una nueva política en el continente, pues tendía a sustituir el imperialismo rooseveliano por el panamericanismo de Naón y da Gama.

La plaza de Zacatecas, atacada primero por Pánfilo Natera, y luego por las fuerzas combinadas de Villa y de aquel jefe, cayó en poder de los constitucionalistas, después de formidable combate. Alvaro Obregón, con el ejército de occidente, se apodera de Guadalajara, Pablo González, con el ejército de Oriente, se aproxima a San Luis de Potosí, y Villa, con la división del centro, se dirige a Aguascalientes. Aquella dictadura ominosa, que usó como medio de represión el asesinato; que derrochó el oro del pueblo en orgías de hetairas; que amenazó a la banca y al comercio para que suscribieran empréstitos; que permitió y reglamentó el juego en la capital y en los Estados; que militarizó todos los órdenes de la vida civil, uniformando hasta los empleados de los Ministerios; que prostituyó al Ejército, envileció a la nación; elevó el crimen a la categoría de virtud; premió a Cárdenas, el asesino del Presidente Madero, con el generalato, y convirtió a México en un inmenso cementerio, se derrumbó al fin con estrépito espantoso.

Se esperaba que Huerta se defendería hasta el último instante en la capital y que perecería en Palacio con Blanquet y sus cómplices. Algunos temían que cumpliera su promesa de incendiar a México y perecer entre sus ruinas. Pero no; los tiranos no saben morir como héroes; no tienen ese supremo convencimiento en la bondad de una causa o en la belleza de un ideal, que engendra mártires como Hidalgo y Madero; huyen, como Neren, envueltos en las sombras de la noche, y mueren, como, Cómodo, en una letrina.

Huyeron primero los Ministros Lozano Querido Moheño y otros muchos huertistas prominentes. Luego, Huerta entregó el mando al licenciado Francisco Carbajal, y se dirigió a Puerto

## Obras del mismo autor

---

Psiquis sin velo—Tratado de filosofía Esotérica

Lux et umbra—Novela filosófica

Los Andes y otros poemas

Episodios de la Revolución Mexicana

Conferencias

## En publicación

La Clave del Génesis—Nueva interpretación del texto bíblico,  
basada en las especulaciones de la moderna filosofía

La Magia y el Espiritismo en las Obras de William  
Shakespeare

---